

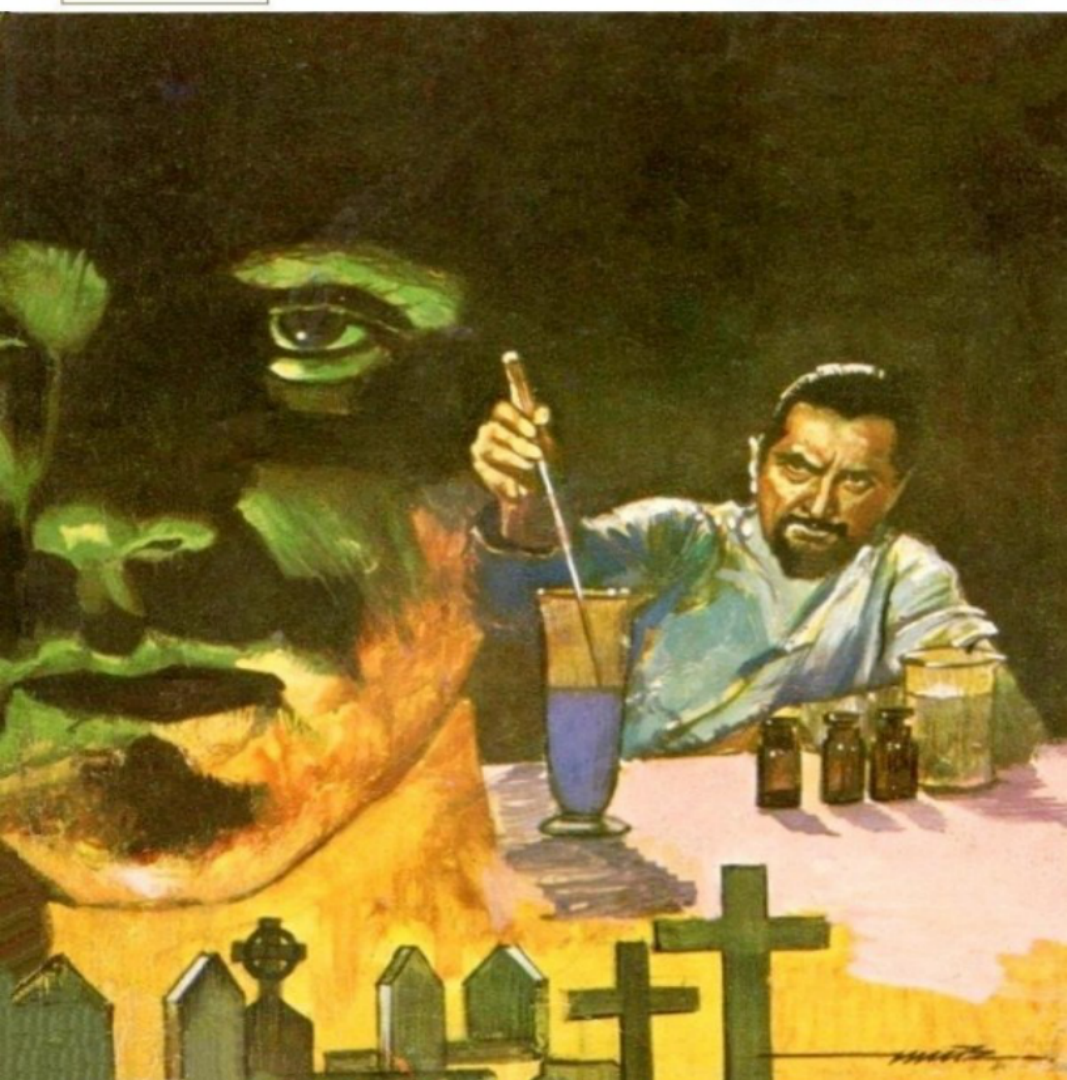
BOLSILBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

tumbas abiertas

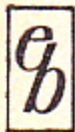
alex collins



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

ALEX COLINS

TUMBAS ABIERTAS

Colección PUNTO ROJO n.º 609

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.834-1973
ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: diciembre, 1973

© ALEX COLINS -1973
texto

© JORGE NUÑEZ -1973 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1973

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO;

262. — La venganza espera.

En Colección CALIFORNIA:

886. — El peor camino.

En Colección BRAVO OESTE:

574. — La diligencia.

En Colección COLORADO:

810. — Marcado como asesino.

En Colección KANSAS:

806. — Legado de violencia.

En Colección SALVAJE TEXAS:

919. — Un plan siniestro.

En Colección ASES DEL OESTE:

648.— ¡Soy un desastre, compañero!

CAPITULO PRIMERO

Anne despertó, sobresaltada. La sangre se agolpó en sus sienes, le batió en violentos latidos. Varias sensaciones la dominaron. Pero entre esas sensaciones sobresalía una de un modo notable: el miedo.

Las pesadillas poblaban sus noches, la martirizaban, no le permitían descansar. Eso le venía ocurriendo desde que estuvo a punto de ser la víctima de Elmer Dunn, el sádico asesino.

Anne se removió en su lecho. Pulsó el botón de la lámpara de la mesilla y la luz iluminó la habitación.

Suspiró hondo. Era horrible tener esas pesadillas, sentirse agarrotada por el miedo y estar envuelta por las tinieblas. La luz disipaba una parte importante de esas sensaciones. Pero nunca se iban del todo.

Encendió un cigarrillo, trató de serenarse, de calmar el furioso latir de su corazón.

Era difícil lograr eso, porque el recuerdo predominaba en su mente. El recuerdo de la horrible experiencia vivida.

Seis mujeres fueron víctimas de un asesino, sádico

y morbos, que inició sus actividades una noche de primavera, cuando las flores volvían a la vida y sonreían de nuevo para alegrar al mundo. Salió al paso de una muchacha joven y bonita, destrozó sus ropas y luego le seccionó la garganta con un cuchillo.

Antes de que el comisario Roy McGurn encontrase la menor pista, el asesino repitió su crimen. Otra muchacha joven y bonita fue su segunda víctima.

El hecho despertó la intranquilidad de los habitantes de Fresno. Y esa intranquilidad se convirtió en franca alarma cuando fue descubierto el tercer cadáver. Antes de que matase a su sexta víctima, una psicosis de miedo colectivo se había adueñado del ánimo de todos los habitantes de la ciudad.

Ella estuvo a punto de ser la séptima víctima. Entonces era una muchacha valiente y decidida. No sintió miedo mientras conducía su coche por la carretera que llevaba al rancho de su amiga Ginger. La luna llena brillaba en un cielo limpio de nubes y el paisaje adquiría un tinte melancólico, de singular encanto.

El primer latigazo de temor lo sintió al ver el cuerpo tendido en medio de la carretera. Frenó para no atropellarlo y bajó,

sobrecogida ya, como intuyéndolo que iba a pasar. El hombre tendido sobre el asfalto se levantó con sorprendente rapidez cuando estaba a punto de llegar a su lado.

Anne nunca olvidaría aquel rostro de ojos saltones, desorbitados bajo el arrebató de la locura. Un rostro deformado por una cicatriz profunda, que surcaba su mejilla izquierda desde la frente hasta el mentón, rozando el extremo del ojo. Era como una máscara horrible, alucinante.

No pudo correr. Ni gritar. Sus piernas temblaron y el terror agarrotó su corazón y sus músculos. Sólo su mente fue capaz de funcionar en ese instante supremo. Pero su pensamiento era de muerte. Muerte a manos del asesino de mujeres jóvenes y bonitas, que estaba allí, a su lado, dispuesto a seguir el siniestro camino emprendido.

Anne cerró los ojos cuando el asesino sacó su cuchillo y la hoja brilló al recibir el impacto de la claridad lunar. Un cuchillo de larga, ancha y afilada hoja. Las palabras del asesino la hicieron estremecerse.

Era su sentencia de muerte. A través del confuso parloteo de su agresor, adivinó que el asesino cortaría su garganta y...

Quiso gritar, pero apenas consiguió emitir un ronco gemido. Y fue entonces cuando restalló aquella voz viril y segura del comisario Roy McGurn, conminando al asesino a arrojar su arma al suelo y levantar las manos.

Le pareció mentira el hecho de que su salvación fuese una realidad. Y estalló en sollozos, que tenían mucho de histéricos. Sollozos impelidos por los nervios, sollozos que la convulsionaron y pusieron un hondo dolor en su pecho.

El asesino no obedeció la conminación. Pareció volverse loco de pronto. Una locura despertada por su propio temor al verse descubierto, en peligro.

Tiró el cuchillo y empuñó una pistola que llevaba en un bolsillo de la chaqueta. Disparó contra el lugar donde había sonado la voz del comisario Roy.

Anne retrocedió al restallar el arma de fuego. Abrió los ojos y los posó en el asesino, que permanecía de pie en el centro de la carretera.

Vio como las balas del comisario punteaban de rojo el pecho del criminal. Tres rojos rosetones, que empezaron a agrandarse con pasmosa rapidez. Luego, el hombre emitió un ronco bramido y se desplomó.

La visión del cadáver ensangrentado fue como la culminación de

la resistencia para Anne. Aquellos ojos desorbitados, vidriados por la muerte, aquel rostro deformado en una mueca horrible estereotipada por la muerte...

Las tinieblas invadieron su mente y se desmayó. Su último recuerdo fue el de Roy McGurn llegando a su lado y reteniéndola entre sus brazos para que no cayese al suelo. Al despertar, al volver en sí, estaba en una cama del hospital y se sentía mucho más tranquila. Pero el recuerdo persistía y su mente lo rememoraba muchas veces, cuando se quedaba dormida. Como si en su cerebro se hubiese producido un trauma.

Anne se levantó de la cama y se puso una bata sobre los hombros.

Sintió ruidos. Una silla u otro objeto pesado había sido derribado en el apartamento contiguo, en las habitaciones de Heywood Dodge.

Ese simple hecho le ayudó a desterrar de su mente su inquietud particular para pensar en Heywood. El era un buen amigo. Posiblemente, esa amistad terminaría en algo más profundo e íntimo. Las insinuaciones de Heywood no dejaban lugar a dudas. Y ella también empezaba a quererlo.

Heywood la había ayudado mucho. Gracias a él había podido salvar su crisis nerviosa con cierto éxito. Cuando salían juntos, cuando Heywood estaba a su lado, lo olvidaba todo. Era después, al quedarse sola, cuando otra vez su mente...

Una voz habló en el otro apartamento. Imposible entender las palabras. Pero esa voz sonaba como un lamento fuerte y prolongado. Un lamento que brotaba a impulsos del miedo.

Heywood tenía pesadillas. Llevaba unos días enfermo, aquejado de una dolencia que no encerraba en sí gravedad, pero que era molesta y le privaba de realizar su trabajo cotidiano.

Anne se decidió en un instante al sentirse dominada por una íntima ternura. Heywood la había ayudado a ella en los momentos de mayor depresión. Ella debía ayudarle ahora, en sus malos momentos.

Anudó el cordón de su bata y salió al largo corredor, flanqueado por las puertas de los apartamentos.

Al ir a pulsar el botón del zumbador, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta un par de pulgadas. Por el hueco escapaba una tenue claridad del interior.

No vaciló Anne. Abrió la puerta y se internó en el *hall* al tiempo que pronunciaba el nombre de su amigo.

Estaba encendida la pequeña lámpara de pantalla de la mesita

del *hall*. Su luz, tenue, se esparcía en un amplio círculo, dejando la parte alta y los rincones sumidos en la sombra.

La escena que se ofreció a sus ojos la paralizó. La sensación del miedo volvió a su mente, paralizó sus músculos, agarrotó su entendimiento.

Heywood estaba caído en el suelo, cerca de la mesita. Su garganta había sido seccionada de un tajo, la sangre manaba a borbotones por la terrible herida y emitía un siniestro sonido que electrizaba.

A su lado había un hombre, acuchillado, limpiando de sangre la hoja del cuchillo en la chaqueta del pijama a rayas de Heywood.

El asesino se puso en pie al sentir la presencia de la joven. La miró con fijeza.

Anne llevó las manos a la cara y se cubrió los labios. Quiso emitir un aullido de terror, pero le fue imposible proferirlo.

Aquel hombre que acababa de matar a Heywood era Elmer Dunn, el asesino de seis mujeres que le había salido al paso en la carretera solitaria y había estado a punto de matarla a ella también. Allí tenía el rostro horrible, la especie de máscara. Los mismos ojos agrandados, desorbitados por la locura, la profunda cicatriz surcando la mejilla izquierda desde la frente hasta el mentón, rozando el extremo del ojo.

Era un rostro estático, pálido, sin vida. El rostro de un cadáver que había vuelto a la vida.

CAPITULO II

Las imágenes cruzaron raudas por la mente de Anne.

Ella había visto morir a Elmer Dunn, punteado su pecho con rojos rosetones. Sacando fuerzas de flaqueza acudió al sepelio del asesino. Fue como un extraño interés personal para cerciorarse de que era sepultado para siempre y podía vivir con tranquilidad, sin alucinantes pesadillas, sin el temor de que el criminal pudiese repetir su acción con ella. Vio bajar el ataúd a la fosa y cubrirlo de tierra.

Sin embargo, el asesino, Elmer Dunn, estaba allí, lo tenía delante de sus ojos.

Un ronco gruñido escapó de la garganta del asesino. Se movió.

Anne reaccionó. Lanzó un grito desbordante de pánico. Después corrió fuera del apartamento profiriendo gritos histéricos, chocando contra las paredes, sollozando de un modo raro.

Sintió los pasos del asesino a su espalda.

Se lanzó por la escalera. Sus piernas flaquearon. Cayó y empezó a rodar de escalón en escalón. Su cabeza chocó contra el borde de uno de los escalones.

Cayó hasta el siguiente descansillo. Su mente quedó envuelta por la insensibilidad piadosa de las tinieblas. Anne no pudo ver ya cómo el asesino escapaba por la ventana del apartamento de su víctima y descendía por la escalera para incendios. No vio cómo se abrían algunas puertas ni cómo era llevada al hospital en una ambulancia.

Abrió los ojos cuando ya el sol entraba a través de la ventana del centro sanitario y llegaba hasta su lecho, amortiguada por los visillos y la persiana que permitía graduar la intensidad de la luz exterior.

Los sedantes hacían su efecto. La enfermera que velaba su cabecera se apresuró a llamar al doctor.

—Tranquilícese, señorita Anne. Cuidaremos bien de usted y se repondrá pronto de su impresión. Pero usted tiene que ayudarnos. El comisario Roy está aquí, quiere hablarle.

—Que pase.

Entró Roy McGurn. Un hombre alto, enhiesto, atlético. Relativamente joven para ocupar un cargo de tanta responsabilidad.

—No voy a molestarla demasiado, Anne —pronunció Roy—. Usted descubrió el cadáver de Heywood Dodge. Salió del apartamento gritando, asustada. Se cayó por la escalera y se golpeó en la cabeza. Trate de explicarme cómo ocurrió todo. ¿Por qué fue al apartamento de Heywood?

Los ojos de Anne se desorbitaron al evocar los hechos. Su pecho se agitó como un fuelle. El miedo apareció en sus pupilas.

Roy le acarició la mano.

—Cálmese, Anne. Está usted bajo una fuerte impresión. Una impresión de doble efecto después de... Bueno. Mejor no recordemos nada. ¿Vio u oyó algo, Anne?

Afirmó con un gesto antes de refrendarlo con sus palabras:

—Sentí unos ruidos y unos lamentos. Por eso pasé al apartamento. Heywood me había ayudado y pensé que entonces necesitaba él de mi ayuda. Estaba algo enfermo. Vi al asesino. Estaba junto a Heywood, limpiando el cuchillo. Fue horrible, Roy.

—¿Podría reconocerle?

—Sí. Pero... Es él, Roy.

—¿El? ¿Qué quiere decir?

—Es Elmer Dunn. Pálido como un muerto. Pero él mismo. Sus ojos saltones, su cicatriz horrible...

El recuerdo volvió a hacerla estallar en sollozos histéricos. Se cubrió el rostro con las manos y se agitó convulsivamente en el lecho.

La mano del doctor se posó en el hombro de Roy. Cuando el comisario lo miró, le hizo una señal para que saliese de la habitación.

Una vez afuera, le dijo:

—Es mejor dejarla ahora, Roy. Está muy excitada.

—Ya lo veo. ¿Cree que la impresión ha trastornado su cerebro?

—Es difícil pronosticar. Sin embargo, todo hace suponer que está bajo los efectos de un *shock* muy profundo. Posiblemente sufre de alucinaciones desde la muerte de Elmer Dunn. Nunca se sabe con certeza hasta qué punto es capaz de resistir la mente humana ciertas emociones sin trastornarse. Recuerde la guerra, Roy. Muchos de nuestros soldados enloquecieron en las selvas del Pacífico. No resistieron la tensión del avance, siempre bajo la amenaza de caer en las trampas sutiles de los soldados japoneses. Y es natural en el fondo.

Dejó escapar un suspiro antes de aducir:

—Anne vio la muerte de cerca. De pronto llegó la salvación para ella, lo que supuso un cambio radical en sus impresiones

sensoriales. Inmediatamente estuvo bajo la impresión de ver morir al asesino violentamente. Es muy posible que el rostro de Elmer esté tan grabado en su mente, que lo asocie a cualquier acto de violencia que se desarrolle ante sus ojos. Cualquier hombre que cometa una violencia delante de Anne será visto por la muchacha como si se tratase del propio Elmer Dunn. De todas formas, esto es sólo una hipótesis. Los misterios de la mente humana están sin resolver en su mayor parte.

—Quizá tenga razón, doc. Pero yo no estoy tan seguro. Anne razona bien, con claridad. Eso que ha dicho suena muy raro, pero nunca se sabe. Es posible que...

—¿Qué, Roy?

—Nada. Olvídelo, doc. Cosas más. Voy a comprobar un detalle. Es la mejor forma de saber positivamente si Anne ha sufrido una alucinación o no. Si Elmer Dunn continúa en su ataúd, usted tendrá que cuidar mucho de Anne. Pero si no es así...

Salió del hospital y fue directamente a la casa del juez, en busca de un mandamiento judicial para abrir la fosa de Elmer Dunn.

Roy se llevó al sargento Barney. El sargento era un tipo regordete, semicalvo, con aspecto de sueño constante, piel sonrosada y delicada. Pero era una apariencia engañosa. Barney, en el fondo, era un hombre de acción.

Los dos hombres se situaron a un lado de la fosa, mientras el sepulturero procedía a derribar la sencilla lápida de piedra y arrojaba paletadas de tierra a un costado.

El acero de la pala emitió un sordo ruido al golpear en la tapa del ataúd.

Los dos policías ayudaron entonces a terminar de descubrirlo.

Entre los tres lo subieron. Pero antes de abrirlo, Roy supo ya que el ataúd no contenía ningún cadáver. Su peso era demasiado liviano.

El sargento levantó la tapa, dejó al descubierto las tablas cubiertas por una tela de raso de color azulado.

—Varío —masculló.

—Sí, vacío —repitió Roy como un eco.

El sepulturero se estremeció. Una de sus hijas había sido la tercera víctima del asesino del cuchillo. Cuando sepultó a Elmer, sintió un placer especial arrojando las paletadas de tierra. El hecho de que el asesino hubiese salido de su tumba le producía un íntimo temor, llevaba un frío intenso a su médula.

—Vuelva a cubrir este ataúd —le dijo Roy—. Vamos, Barney. Subieron al coche patrulla.

—¿Qué opinas de esto? —le preguntó.

Barney lanzó un sordo gruñido antes de dar su respuesta:

—No sé ni qué pensar, Roy. Esto es desconcertante. Lo único...

—¿Qué? Vamos, Barney. Suelta lo que sea.

—Es posible que Elmer no muriera. Recuerda lo que ocurrió. El doctor Mulligan recabó el derecho a practicarle la autopsia. Ese tipo está más loco que una cabra. Asistí a una de sus conferencias sobre el cerebro humano. Habló del asesino nato, del hombre que nace con su cerebro tarado. Luego dijo que estaba llevando a cabo unos experimentos. Se proponía demostrar su tesis mediante hechos irrefutables. Trasplantando el cerebro de un hombre honrado a un asesino, éste actuaría como hombre honrado. Y a la inversa. Trasplantando el cerebro de un asesino a un hombre honrado, éste se comportaría como un asesino. Solicitó que se le concediesen algunos cadáveres para llevar a cabo sus experimentos. Incluso llegó a decir que era posible dar vida a un cadáver mediante el trasplante de un cerebro vivo. Te digo que está como una cabra. Yo no creo ni una palabra de lo que dijo. Pero él estaba convencido. Y ahí nace mi sospecha. Quizá Elmer no estaba muerto y el doctor Mulligan se trazó un plan. En lugar de practicarle la autopsia, curó sus heridas. Luego le administró algún potingue, lo metió en el ataúd y dejó que lo sepultasen. Más tarde fue al cementerio, lo sacó de allí y se lo llevó a su maldita mansión llena de brujas y de espíritus malignos.

Denegó Roy.

—No, Barney. Yo mismo comprobé la muerte de Elmer Dunn. Le hice la prueba del espejo. No se empañó. Luego le apliqué mi linterna a las membranas de su mano. Si hay vida, las membranas adquieren una transparencia roja. Si está muerto, no hay transparencia. Bien. No había transparencia. Elmer estaba muerto. Antes de sepultarlo, se abrió el ataúd. El cadáver de Elmer empezaba a descomponerse.

—Está bien, Roy. Encuentra una explicación mejor que la mía.

—La encontraré. ¿Qué has averiguado acerca de Heywood Dodge?

—Era un solitario. No tenía familia. Sus padres murieron en un accidente de aviación, hace más de cinco años. Representaba a una marca comercial de cepillos de todas las clases y manejaba bastante dinero. Estuvo casado. Su matrimonio fracasó y su esposa vive en Europa, casada con un italiano. Eso es todo. Bueno, casi todo. Parece que empezaba a intimar mucho con Anne y también tiene algunos amigos muy íntimos.

—Bien. Hablaremos con alguno de esos amigos. Pero antes vamos a esa maldita mansión llena de brujas y de espíritus malignos para hablar con el doctor Mulligan.

CAPITULO III

Roy se adentró por el camino que atravesaba el magnífico parque que rodeaba la mansión. El edificio constaba de dos plantas y poseía una elegancia señorial. Dos columnas, dos monolitos soportaban una terraza y formaban a su vez el porche.

Los árboles crecían con profusión en el parque, entre tablares bien trabajados, delimitados por setos y por rosales.

Mulligan había levantado su mansión en las afueras de Fresno. A pesar de la elegancia de sus líneas y de la alegre visión de las flores, no se le podía negar cierto aire siniestro, tétrico más bien.

Roy apretó el botón y adentro resonó un suave campanilleo.

No respondió nadie.

Entonces movió la manecilla de la puerta y la abrió.

El *hall* estaba desierto. Bien amueblado, casi con lujo. Al fondo se abría una puerta que conducía a un largo corredor. Este corredor comunicaba con una parte posterior de la mansión, aislada del resto del edificio, sin otra entrada ni salida que aquélla. Y allí era donde el doctor Mulligan realizaba sus experimentos.

Caminaron por el corredor.

Desembocaba en un pequeño vestíbulo. Allí estaba la puerta del laboratorio propiamente dicho.

Una voz los invitó a entrar.

—Pasen, amigos. Sean bien venidos a esta casa, comisario Roy y sargento Barney.

El sargento soltó un respingo.

—¿Cómo diablos sabe que somos nosotros? —refunfuñó.

—No hay magia, Barney. Un circuito cerrado de televisión permite al doctor saber quién entra y sale de su casa sin moverse del laboratorio. Vamos adentro.

Entraron al laboratorio.

Era una nave amplísima, cubiertas las paredes por baldosas blancas, asépticas, brillantes. Las paredes laterales estaban cubiertas por enormes armarios de cristal, repletos de frascos con alcohol que contenían multitud de miembros humanos y de animales. También líquidos de diversos colores y ácidos.

La pared del fondo era una gran cámara frigorífica que contaba con enormes cajones capaces de contener cada uno de ellos un cuerpo humano.

En el centro, dos mesas de quirófano y un mostrador, también de baldosas blancas, con probetas, alambiques, un microscopio y otros aparatos propios de un investigador científico.

Mulligan era un hombre de unos sesenta años de edad, de nariz ganchuda y rostro lúgubre. Muy alto y excesivamente delgado, daba la sensación de un auténtico esqueleto viviente.

Se volvió a mirarlos y entonces les mostró la bata blanca manchada de sangre a la altura del estómago. También sus manos, enguantadas, tenían manchas de sangre.

En una de las mesas había un cuerpo cubierto por una sábana.

—Lamento recibirles de esta forma —dijo, dibujando sus labios una extraña mueca, que quiso ser una sonrisa—. Pero ustedes estaban demasiado impacientes. Mi ayudante está en San Francisco y tardará tres o cuatro días en volver. Ha ido en busca de... Bueno. Digamos de materia prima.

Roy asintió. Comprendió perfectamente la alusión de Mulligan. Su materia prima eran cadáveres. Generalmente, los cadáveres encontrados en cualquier lugar de la ciudad o de sus alrededores, que nadie reclamaba. Las autoridades le concedían permiso oficial para estudiar esos cuerpos y poner en práctica sus investigaciones experimentales.

—Bien —preguntó tras un corto silencio—. ¿Qué se les ofrece?

—Quiero comprobar unos detalles, doctor Mulligan. No tengo orden judicial de registro. Si usted se niega, Barney y yo nos iremos sin haber...

Mulligan le impuso silencio con imperioso ademán de su mano derecha.

—No siga, Roy. Jamás he interferido en la marcha de la ley. Si quiere registrar mi casa, puede hacerlo. Si le niego eso, usted vendrá provisto de la orden judicial correspondiente. Además, no tengo nada que ocultar. Todo está en orden. Sólo le pido que me diga de qué se trata.

—Me parece justo.

Roy levantó la sábana que cubría el cuerpo de la mesa.

El doctor había cortado con mano maestra toda la parte superior del cráneo para dejar al descubierto el cerebro.

Barney torció el gesto. Estaba habituado a ver la muerte, pero aquello era demasiado.

Las facciones del muerto fueron familiares para Roy. Un rostro alargado, de mentón puntiagudo, labios muy gruesos en el que el inferior mostraba un profundo corte, una cicatriz muy antigua. Sobre el labio superior, un bigote poblado, negro como el azabache.

—¿Quién es este desgraciado? —preguntó al doctor.

—Es Jorn Disalle. Hace dos días fue ajusticiado en la cámara de gas. Mató a tres personas sólo por el placer de hacerlo. Era un paranoico peligroso, un hombre frustrado. Introverso, fue incapaz de mirar de frente a una mujer. Sin embargo, le atraían y le causaba rencor ver que las mujeres fraternizaban íntimamente con los hombres. Salió al paso de una pareja y los mató a los dos. Se ensañó principalmente con el muchacho. Otro día repitió la suerte. Le salió mal esta vez. La chica logró huir y dar la alarma. Grupos de ciudadanos sorprendieron a Disalle, lo acorralaron cuando ya se había ensañado con el muchacho. La policía tuvo que hacer grandes esfuerzos para librarlo de un linchamiento. Y aquí está lo que queda de él. Quiero estudiar su cerebro.

Roy avanzó hasta el frigorífico y fue abriendo uno a uno los cajones, que se deslizaban fácilmente hacia afuera al menor impulso que se ejercía sobre ellos.

Mulligan guardaba allí otros tres cadáveres. Tres desgraciados muertos violentamente en una urbe.

—Esto es inhumano —gruñó Barney.

Mulligan lo asaeteó con su mirada. Hubo en ella ese menosprecio del sabio hacia el profano pedante que alardea de conocimientos estando en plena ignorancia. Pero también algo de locura obsesiva.

—Es inhumano en apariencia —replicó Mulligan al fin—. Estamos demasiado acostumbrados a respetar a la muerte. Vesalio se jugó la vida para poder hacerse con el cadáver de un ajusticiado y estudiar su anatomía. Eso ayudó a salvar muchas vidas. Comprendo que le horrorice ver estos cuerpos y lo que hago con ellos. Pero al final puede salir una ayuda inestimable para la humanidad. Siglos atrás, estas prácticas eran consideradas diabólicas y la gente las rechazaba con horror. Al evolucionar, tanto la cultura como los conocimientos humanos, tales prejuicios han sido superados. Ya no existen esas barreras y no debemos ponerlas nosotros.

Se volvió a mirar al impasible Roy para inquirir:

—¿Puedo saber qué es lo que busca, comisario?

—El cadáver de Elmer Dunn.

Antes de que Mulligan efectuase otra pregunta, le narró lo sucedido. El asesinato, la visión de Anne y la desaparición del cadáver.

Al terminar, los ojillos del doctor se achicaron y su frente se pobló de diminutas arrugas.

—¿Qué le ha hecho pensar que ese cadáver podía estar aquí?

—Varias cosas, doctor. Usted efectuó la autopsia. Luego reclamó el cadáver y le fue denegado. Usted mostró un interés muy especial por examinar el cerebro de Elmer.

—En efecto. Pero jamás he robado un cadáver. Todos los documentos de cesión están en regla. Puede verlos si es su deseo. Soy un científico, no un doctor Frankenstein.

—Sin embargo, usted dijo algo sobre trasplante de cerebros —terció Barney—. Yo mismo lo oí.

—Es cierto. Pero lo dije como un posible experimento futuro, no presente. No hay nada aún sobre eso. Quizá algún día sea una realidad tangible.

—¿Existe una posibilidad de que Elmer no estuviese muerto? —preguntó Roy.

Mulligan tardó un rato en contestar, como si necesitase estudiar antes su respuesta:

—En absoluto. Estaba muerto. Abrí su pecho. Dos balas habían atravesado su corazón. Tendrán que investigar por otro lado. Lamento no poder serles útil en esto. Buenas tardes.

Salieron.

Mientras rodaban por la carretera para enfilarse en la entrada este de Fresno, Roy movió su cabeza después de una profunda meditación.

—Según las palabras del doctor, debemos creer que Anne sufrió una alucinación. El asesino le pareció Elmer Dunn a causa de su obsesión, fijada en su mente por el trauma sufrido cuando estuvo a punto de ser su víctima.

—Pero eso lo pones muy en duda. Por intuición o por lo que sea, tú crees que Anne tiene razón, que vio a Elmer Dunn.

—Así es —corroboró el comisario—. Esa mujer no estuvo alucinada. Vio a Elmer.

—Yo también lo creo así, aunque sólo sea de oírtelo a ti. ¿Te fijaste en la expresión del viejo zorro cuando le preguntaste si estaba seguro de la muerte de Elmer? Vaciló mucho. Y pareció ocultar algo.

—Sí, Barney, me fijé en ese detalle. Pero eso no es ninguna prueba.

—Tampoco he dicho que lo sea. Maldito destripador. Vaya rapapolvo que me ha largado. Me han dado ganas de meterlo en uno de sus repugnantes cajones y dejarlo dos o tres horas en su frío.

Roy frenó el coche en el aparcamiento del edificio donde estaba su oficina, la cárcel local, el servicio de comunicaciones por radio y

otras dependencias policíacas.

Atravesó el *hall* sin reparar en la mujer que permanecía sentada en uno de los bancos.

Cuando ya había entrado en su despacho y se disponía a cerrar la puerta, la mujer corrió hacia él, lo enlazó por un brazo y lo miró con ojos suplicantes.

—Quiero decirle algo. Es de suma importancia para mí, comisario Roy.

Roy asintió. Cerró la puerta y ofreció asiento a la mujer, de unos cincuenta años de edad, vestida con ropas burdas y ajadas. Esa mujer era la madre de Elmer Dunn.

CAPITULO IV

Las lágrimas asomaron a los ojos de la mujer.

—He venido a propósito de lo ocurrido con ese hombre, con Heywood Dodge. Una vecina lo oyó contar y me lo dijo. Estoy completamente segura de que mi hijo está vivo, comisario.

Creció el interés de Roy.

—¿Qué sabe de su hijo Elmer? ¿Se ha puesto en contacto con usted?

—No. Pero estoy segura de que vive —repitió—. Usted tiene que encontrarlo, comisario. Y cuando lo haya encontrado, no vuelva a disparar contra él. Ya le ha causado bastante daño. Yo lo haré entrar en razón. De niño era un buen chico, alegre y travieso como los demás. El cambió más tarde, cuando perdió a la mujer que amaba y ese canalla que se la arrebató le hizo esa herida en la cara. Entonces se volvió retraído, extraño. Pero yo sé que si le hablo, se portará bien.

Roy la tranquilizó, se despidió con unas frases persuasivas.

Aquella mujer estaba trastornada. Su mente no funcionaba bien. Quizá las acciones de su hijo la habían hecho enloquecer. O acaso Elmer había heredado de ella la perturbación mental. El doctor Mulligan tenía razón al decir que la mente humana era un misterio insondable.

Cuando Roy salió a la calle, una hora más tarde, las miradas de todas las personas con las que se cruzó en su camino se posaron en él silenciosamente. Un silencio y una intensidad que eran un reproche y una demanda al mismo tiempo.

Roy suspiró hondo. La psicosis de miedo volvía a la ciudad como si fuese una maldición implacable. La tranquilidad recobrada a raíz de la muerte de Elmer se había esfumado con la idea de que el asesino estaba vivo y volvía a las andadas.

* * *

Tony Hobbing y su esposa Clara entraron en su casa de Madison Avenue. Una planta baja de ventanas protegidas contra el sol de California por toldos plegables, con un coquetón porche y un pequeño jardín entre su fachada y la verja de madera que delimitaba la acera.

Clara se daba cuenta del abatimiento de su esposo. Siempre se mostraba alegre, cariñoso. Ahora estaba silencioso, retraído, inquieto.

Se abrazó a él antes de que cerrase la puerta y accionase el conmutador de la luz.

—¿Qué te ocurre, cariño? —susurró la mujer—. Te encuentro raro. Nunca te había visto así. Heywood era tu amigo, lo sé. También lo era mío. Entiendo que su sepelio te haya afectado. Pero ya está todo terminado.

Tony acarició la espalda de Clara. La besó en los labios suavemente.

—No es sólo afectación, por el entierro, por la ceremonia fúnebre, Clara. No podrías entenderlo. Me preocupa la muerte de Heywood. Es... Bueno. Es como un presagio.

—Necesitas un trago, Tony. Ven. Te lo serviré yo. Siéntate en el sillón.

Tony cerró la puerta y oprimió el conmutador de la luz eléctrica.

La luz inundó la estancia, la amplia habitación amueblada como *hall* y comedor, con estantes repletos de libros encuadernados y un gran mueble en el que estaba instalada la televisión.

Clara abrió la puerta del mueble bar, sacó una botella de whisky y escanció licor en dos vasos.

Ninguno de los dos sintió abrirse la puerta del dormitorio. Ninguno de los dos vio al hombre que se detenía en el umbral y los miraba de un modo maligno, demoníaco.

—Hola, Tony Hobbing —pronunció el intruso.

Lo miraron. Y los dos sintieron el mismo sobresalto al ver el rostro estático, de ojos saltones, con una profunda cicatriz en su mejilla izquierda.

Clara recordó de pronto. Ella había visto ese rostro. Los periódicos habían publicado la fotografía de ese hombre. Era Elmer Dunn. Asesino de seis mujeres, muerto bajo los balazos del comisario Roy cuando se disponía a cometer su séptimo asesinato. El hombre que había vuelto de la tumba para matar a Heywood Dodge.

La invadió el miedo. Los vasos cayeron de su mano, se estrellaron contra el suelo. Los cristales tintinearon y el olor a whisky se esparció por la estancia.

Tony se puso en pie. Estaba pálido, desencajado. Su presagio siniestro se estaba cumpliendo. Su inquietud por la muerte de Heywood estaba justificada. La amenaza estaba allí, se había hecho

tangible.

Clara estalló en un grito de pánico. Un grito bronco, infrahumano. Luego trató de correr hacia la salida, de huir de aquel horror, de ponerse a salvo.

Sintió las pisadas del resucitado, que la seguía a grandes zancadas. Eso aumentó su horror, acrecentó el temblor de sus piernas.

El golpe contra su sien y su oreja izquierdas le produjo un dolor aguijoneante. Luego, se desplomó de bruces, casi ya sin darse cuenta. El corazón pareció detener sus latidos y se sumió en las tinieblas de la inconsciencia.

Tony reaccionó al ver caer a Clara. Su miedo era distinto al de su esposa. No era un miedo súbito, desbordado. Era un miedo que se había ido incubando en su pecho durante largos meses, hasta fijarse en su cerebro de una forma obsesionante. La materialización de ese miedo no le cogía de sorpresa, pero no por eso era más fácil de dominar.

El asesino se volvió y esquivó el golpe del puño de Tony. Luego le hundió el puño izquierdo en el estómago.

Un golpe que le hizo doblarse en dos y le privó de sus arrestos momentáneos.

Entonces el asesino pasó su brazo izquierdo por la garganta de Tony y se la oprimió con fuerza.

Las palabras brotaron de sus labios como trallazos:

—La hora de la venganza ha llegado, Tony Hobbing.

—Nunca nos habíamos visto —musitó Tony a duras penas—. Nunca.

La risita que brotó de la garganta del asesino fue como una amenaza siniestra, infrahumana.

El cuchillo oprimió la laringe de Tony. Luego seccionó con enorme facilidad.

Después de haber cortado la yugular, el asesino retuvo a Tony con su brazo durante largos segundos. Luego lo soltó y el cadáver se desplomó con sordo ruido, salpicó de sangre el suelo y los muebles más cercanos.

Otra vez rió el asesino. Una risa extraña, de locura. Desapareció en el dormitorio y abandonó la casa por la puerta trasera.

Clara volvió en sí un cuarto de hora más tarde. Sintió dolor en la sien derecha, donde había sido golpeada. Y dolor en el pecho y en el alma.

Vio a Tony. La horrible herida, la rigidez de su cuerpo...

Gritó con toda la potencia de sus pulmones. Dio rienda suelta a

su miedo y a su dolor al mismo tiempo. Se levantó sin dejar de proferir aquella extraña mezcla de daño, de lamentos, de pánico. Salió al jardín y luego a la acera.

Se abrieron algunas puertas. Los gritos infrahumanos de Clara penetraban en todos los rincones.

Dos mujeres y un hombre llegaron a su lado. Trataron de consolar su horrible desesperación. El hombre se asomó al interior de la casita. Luego retrocedió, pálido como un muerto.

—Es horrible —musitó—. Han matado a Tony Hobbing.

Salió más gente. Llegó un policía de uniforme.

Roy McGurn se presentó después de ser avisado por el policía. Llegó al mismo tiempo que la ambulancia.

Ayudó a Clara a ocupar un sitio en el vehículo sanitario.

—Tranquilícese, Clara. Estará bien en el hospital. El sargento Barney se pondrá en contacto con sus padres para que la hagan compañía. Sólo quiero hacerle ahora una pregunta. ¿Vio usted al asesino?

Clara se había calmado. Del histerismo provocado por el pánico había pasado al alalamiento. Se mantenía inmóvil, se movía como un autómata y su mirada permanecía extraviada, fija en un punto indefinido.

—Lo he visto, comisario —respondió con voz débil—. Era Elmer Dunn.

Se la llevó la ambulancia.

Los policías iniciaron su trabajo rutinario en la casa. Fotografías del cadáver, búsqueda de huellas, examen minucioso de todas las cosas...

Barney abordó a su jefe.

—¿La señora
Hobbing te ha dicho
algo, Roy?

—Sí. Vio al asesino. Elmer Dunn. Ella no ha estado alucinada. Anne tenía razón.

—¡Demonios! Esto pone los pelos de punta. Pensar que un asesino como ése anda suelto, y salido de la tusaba. Los vendedores de cerrojos se van a hacer ricos en Fresno.

—Todo esto es demasiado extraño para ser real, Barney. ¿Por qué Elmer, suponiendo que se trate de él, ha efectuado este cambio tan radical?

—¿Cambio radical? No diría yo eso. Era un asesino antes de su muerte oficial, y continúa siendo un asesino.

—No me has entendido. Antes de su muerte oficial, Elmer Dunn

se dedicó a asesinar mujeres jóvenes y bonitas. Después de resucitar oficialmente, Elmer Dunn se dedica a matar hombres.

—Es cierto, Roy. Ya ves, no había reparado en ese detalle. Quizá un psiquiatra diría que cambió en su forma de ver las cosas después de que tú le disparaste. Un hombre lo puso en grave peligro y ahora se está vengando en los hombres.

—Un psiquiatra diría eso y quizá muchas cosas más. Pero todo lo que puedan decir carece de importancia. Un asesino cruel anda suelto y a los asesinos no se les caza con psiquiatría.

Al terminar el trabajo, Roy cerró la puerta con llave y regresó a su despacho.

No quiso moverse de allí. Se tendió en el camastro habilitado para los hombres de guardia y trató de conciliar el sueño.

CAPITULO V

Lo despertaron los timbrazos del teléfono.

Saltó del camastro, se alisó el cabello y atendió la llamada.

—Comisario Roy McGurn. ¿Quién es?

Una voz temblorosa le respondió:

—Soy Berta Cook, comisario. Vecina de la pobre Clara Hobbing. Escuche, Roy. Hay un hombre en la casa de los Hobbing. Lo he visto a través de la ventana. He pensado que esto podía interesarle.

—Me interesa. Gracias, señora Cook.

Se preguntó quién sería ese hombre. La señora Cook conocía a todos los familiares de los Hobbing. Quedaban descartados. Y no era probable que se tratara del asesino.

Cuando rodó con el patrullero por las calles de Fresno, se estaban abriendo las tiendas, los comercios, almacenes y talleres. La vida volvía a seguir su ritmo habitual después de la noche, que para los habitantes de Fresno era como una pequeña muerte. Todos los ánimos estaban en suspenso y todos los comentarios se centraban en torno a la enigmática reaparición del asesino sepultado. Ya era del dominio público que su tumba estaba vacía. Eso acrecentaba el temor, sobrecogía más los ánimos.

Roy detuvo el coche en una esquina. Hizo a pie el resto del camino, para no alarmar al intruso de la casa de los Hobbing.

Sonrió al ver a la señora Cook escrutando entre los visillos de su ventana. La mujer ya tendría tema de conversación con las comadres de su tertulia para una larga temporada.

Roy abrió la puerta con precauciones. Antes de entrar, empuñó su revólver de reglamento, un «Colt» de calibre 38.

Adentro sonó una voz:

—Pase, comisario. Y enfunde su arma. No hay cuidado.

El hombre, alto, atlético, de hombros anchos y fuertes manos, asomó por la puerta del dormitorio.

—Le he visto llegar —dijo con sonriente expresión—. Me di cuenta de que esa señora del otro lado de la calle me estaba observando. Imaginé lo que iba a hacer.

—Muy ingenioso. ¿Quién es usted?

—Inspector Willie Moran, del FBI.

Le mostró su carnet.

—Pertenezco a la seccional de San Francisco, comisario. Cuando supimos la muerte de Heywood Dodge, nos pusimos en estado de alerta. Era posible que se tratase de un crimen accidental cometido por un asesino loco. Pero también podía tratarse de otra cosa. La noticia de la muerte de Tony Hobbing llegó a San Francisco media hora después de haberse producido el hecho. Los periodistas trabajan aprisa y algunos diarios de San Francisco mantienen aquí corresponsales. Las redacciones estaban sobre aviso para que nos informasen al respecto. Tomé el primer avión para Fresno. Nada más llegar, vine aquí. Tenía prisa. Si Tony guardaba algo de lo que andamos buscando, quería llegar antes de que alguien lo retirase. Ese alguien no era usted, por supuesto.

Roy movió su mano derecha en un gesto peculiar en él cuando no entendía alguna cosa. Y apenas entendía nada de lo que había dicho el inspector federal.

—Todo eso está muy bien para usted que conoce a fondo el asunto que lleva entre manos, inspector —adujo—. Pero es chino para mí.

—Desde luego. Usted va a conocerlo todo. Su colaboración puede ser preciosa para nosotros.

Paseó por la estancia, fijándose con atención en los muebles y en todos los objetos, incluyendo miradas de reojo a la gran mancha de sangre de la alfombra y el suelo.

—Esto que voy a contarle ocurrió hace más de un año, comisario —volvió a hablar Willie Moran—. El FBI fue alertado ante la sospecha de la existencia de una banda de espías. Su misión consistía en facilitar datos sobre nuestro sistema de defensa. La banda estaba formada por ocho hombres. Seguimos sus pasos. Sabían hacer bien las cosas. Un día llamó uno de ellos por teléfono y preguntó por el inspector jefe. Le dijo que estaba metido en un feo asunto y quería hacerle unas revelaciones muy interesantes acerca de las actividades de los espías. Ese tipo se llamaba Silas Adwel y formaba parte del grupo cuyas huellas seguíamos. Tenía novia y estaba a punto de casarse. Todos nos dimos cuenta de que Silas se había arrepentido y se disponía a delatar a todos sus compañeros. Estaba en San Diego y dijo que en esos momentos se disponía a tomar una avioneta para ir a San Francisco.

Hizo una pausa antes de proseguir:

—Le esperamos en vano. La avioneta no llegó nunca a San Francisco. Cayó al mar, cerca de la costa. Hubo testigos del accidente. Fue un sabotaje. Una bomba de relojería estalló cuando volaban. El piloto quedó destrozado. Se encontraron restos de su

cuerpo cerca de los pedazos de la avioneta. De Silas Adwel sólo se encontró una mano. El resto de su cuerpo debió quedar destrozado bajo los efectos de la explosión. Intensificamos la vigilancia sobre los restantes miembros de la banda de espías, pero fue imposible acusarles de nada. Dos de ellos murieron tres meses más tarde en un accidente ferroviario. No hubo sabotaje. Fue un accidente casual. Los otros cinco fijaron su residencia en Fresno. Heywood Dodge y Tony Hobbing eran dos de ellos.

—¿Quiénes son los otros?

—Harry Mayfield, Frank Logan y Louis Millman.

—Los conozco, aunque no íntimamente. ¿Qué fue de la novia de Silas?

—Esperaba esa pregunta, comisario. No creo que estuviese implicada en el espionaje. Sin embargo, parecía saber algo. Es posible que Silas le hubiese revelado todo o una parte al menos de sus actividades. Bueno. Ella se negó a hablar. Cabe sospechar que Elmer Dunn hubiese tenido algún contacto con ellos. Eso podría aclararlo ella y esa declaración nos ayudaría mucho ahora.

—¿Dónde está esa mujer?

—En Fresno. Coincidencia o premeditación. Se llama Li'l Kelber y actúa de cantante en el Rosse Club. Llegó hace una semana.

—Hablaré con ella.

—Ojalá sea más afortunado que nosotros en esa gestión. Bien. Saldré para San Francisco en el próximo avión. Si ocurre alguna novedad relacionada con lo que le he dicho, póngase en contacto con nosotros.

—Lo haré.

Roy McGurn pasó las horas siguientes examinando todo lo que se había descubierto sobre el asesinato de Hobbing. Nada positivo. Un misterio tenebroso rodeaba ese asesinato, igual que el de Heywood Dodge. El asesino era astuto y despiadado.

Fue en busca de Li'l Kelber poco antes de la medianoche.

Las calles de Fresno habían perdido una parte muy importante de su animación habitual. Eran pocos los que deambulaban por ellas. Y muy pocas personas lo hacían en solitario. Iban en grupos o por parejas. El miedo a encontrarse con el asesino se había hecho colectivo.

Buscó a Li'l en su camerino.

La joven le invitó a pasar cuando estaba cambiándose de ropa para efectuar una de sus actuaciones. Se hallaba detrás de un biombo floreado y terminaba de ponerse una minifalda hecha con una cuarta de tela.

La muchacha pareció ponerse en guardia al percatarse de que era el comisario de la policía.

—¿Qué se le ofrece? —inquirió en tono gélido.

Antes de contestar, Roy estudió el aspecto físico de la muchacha.

La faldita le permitía exhibir un par de piernas maravillosas. Un espectáculo impresionante de veras. Li'l era una morena imponente, de ojos color violeta y boca sensual, de labios algo gruesos y muy incitantes.

—La supongo enterada de las muertes de Dodge y Hobbing.

—Sí. He leído eso en la Prensa.

—Bien. Usted tuvo un novio, Silas Adwel. Era un buen amigo de los dos asesinados y de otros más. Su novio...

—No siga —le atajó ella—. Eso terminó ya. Mi novio se mató en una avioneta. Asistí a su entierro. ¿Sabe qué metieron en el ataúd? Su mano izquierda. La explosión lo hizo pedazos. Sólo encontraron de él esa mano. Fue horrible. No conocí a esos amigos de Silas. No sé nada de ellos. No quiero hablar de eso.

—¿Amaba mucho a Silas?

—No lo sé. Me iba a casar con él. Entonces estaba segura de amarlo. Luego sentí muchas dudas. Por si le gusta saberlo, no lloré su muerte. Lo sentí, eso es todo. Buenas noches, comisario. Tengo que actuar. No termino antes de las tres de la madrugada. A esa hora me siento muy cansada.

Antes de que Roy pudiese aducir algo, Li'l abandonó el camerino y salió a la sala, delante del conjunto que la acompañaba en sus actuaciones.

Roy salió también. Fue al mostrador y se situó al lado del grueso dueño del Rosse Club.

Cantó Li'l. Bastante bien, aunque era fácil prever que jamás llegaría a ocupar un puesto de primera categoría en el mundo del espectáculo.

—No está mal, ¿eh, gordito? —comentó—. Creo que ha sido un acierto tuyo contratar a esa chica. ¿Dónde la encontraste?

—En ninguna parte, Roy. No había oído hablar de ella en mi vida. Ocurrió algo raro con esta muchacha. Alguien me dio dinero para que la contratase durante tres o cuatro semanas. Recibí un mensaje y el dinero. Un tipo que quiso conservar el anónimo. No digas nada a nadie, porque me pedía que nadie lo supiese, y mucho menos Li'l. Será algún admirador platónico.

Roy dejó de prestar atención a su interlocutor, que estaba pidiéndole que encontrase pronto al asesino y acabase con esa

amenaza, porque de lo contrario corría el riesgo de que se hundiese su negocio por falta de público animado a salir por la noche. El comisario estaba pensando en el misterioso mecenas que había dado al dueño del Rosse Club el dinero para que contratase a Li'l sin remilgos. Resultaba muy extraño que ella hubiese sido llevada a Fresno en esos momentos, cuando dos de los antiguos amigos de Silas habían muerto y nadie podía prever lo que iba a ocurrir en un futuro próximo.

CAPITULO VI

Roy abandonó el club nocturno una hora más tarde. Llevó a cabo unos trabajos de trámite y fue de nuevo allí al acercarse las tres de la madrugada.

No entró al club. Aparcó su coche no muy lejos de la entrada y permaneció al volante, esperando.

El club se cerró unos minutos más tarde. El gordo propietario tenía razón de la queja que había formulado. Si el asesino no era capturado pronto, su negocio acabaría quebrando. Apenas media docena de clientes salieron cuando los empleados se dispusieron a cerrar las puertas. Todos ellos desaparecieron de allí pronto, partiendo a toda velocidad en un par de coches.

Li'l salió poco después. Subió a un coupé de la marca «Ford» y partió.

El comisario la siguió a distancia. Una de sus normas consistía en insistir a tiempo y a destiempo, hasta lograr lo que se proponía. No le importaba demasiado que Li'l le viese, pero prefería hablar con ella a solas, cogerla desprevenida.

La cantante se detuvo en las afueras de la ciudad.

Allí se alzaban una hilera de sencillos *bungalows*, que se alquilaban por un precio razonable. Las comidas se podían hacer en el restaurante, también por un precio razonable. Eran muchos los turistas que iban a parar a los *bungalows* durante sus vacaciones.

Roy esperó a que hubiese entrado en su apartamento antes de aparcar su coche patrullero y encaminarse hasta la entrada.

Pulsó el zumbador, que emitió un sonido grave y suave al mismo tiempo.

Li'l entreabrió la puerta y el comisario la empujó con suavidad y entró.

Ella hizo un gesto de resignación.

—Es usted un hombre muy obstinado —comentó.

—La obstinación supone un cincuenta por ciento de éxito en mi profesión, señorita Li'l. El otro cincuenta por ciento se reparte entre la intuición y la lógica.

—Está bien. Adelante, comisario. Pero sea breve. Estoy muy cansada.

Le miró ella. En los ojos del comisario leyó sus impresiones con absoluta fidelidad. Entonces, la sombra de una maliciosa sonrisa

cruzó sus labios.

—Estoy esperando sus palabras —adujo ella al tiempo que enchufaba un hornillo eléctrico para preparar café.

—Bueno. Su prometido, Silas Adwel, no jugó muy limpio, según las referencias que tengo. Estuvo liado en algo relacionado con el espionaje. No puedo asegurar nada, desde luego. Todo lo digo por referencias, aunque eso sí, referencias obtenidas de personas dignas de crédito. Heywood y Hobbing, las dos víctimas de ese asesino, estuvieron liados con Silas. Y usted, que también estuve liada con él en el buen sentido de la palabra, se presenta en Fresno en estos momentos de una manera un tanto extraña.

—¿Extraña? —replicó ella—. Me parece que a usted los dedos se le vuelven huéspedes, comisario. No soy una cantante excepcional, acaso ni siquiera una buena cantante, pero me defiendo bien en la profesión. He venido aquí con un contrato de dos semanas, prorrogable por otra semana más si el público se muestra conforme con mi actuación. No creo que eso...

—Eso es lo que me inquieta, lo que da el misterio, Li'l —le atajó Roy—. Precisamente la forma en que ha sido contratada. El gordito no ha tenido nada que ver en esto. Ha visto la posibilidad de aumentar sus ganancias sin efectuar ningún gasto, y eso lo ha convencido. Quizá es usted bastante mejor de lo que ha imaginado, pero no es ése el caso.

Le miró, con fijeza.

—¿Qué quiere insinuar? —preguntó.

Roy se lo dijo todo, tal y como se lo había explicado el dueño del Rosse.

Al terminar, una sombra de inquietud empañaba las hermosas pupilas de la mujer.

—¿Cómo ve usted las cosas, comisario? —indagó tras un largo silencio.

—No las veo con ninguna claridad, Li'l. Todo esto está demasiado oscuro aún. Precisamente confío en que usted me ayude a obtener un poco de luz.

—No sé cómo.

—Eso lo iremos viendo poco a poco. Silas formaba parte de un grupo de tipos dedicados al espionaje. Todo hace suponer que esos mismos tipos le prepararon una trampa para impedir que los denunciase a las autoridades federales. Ahora, miembros de ese grupo son asesinados por un hombre que, según los indicios, ha vuelto de la tumba. No sé cómo, pero ha vuelto. Para colmo, usted, que estaba implicada de un modo u otro a través de su compromiso

con Silas, es contratada de un modo enigmático. Todo hace suponer que ese asesino quiere tenerlos a todos al alcance de sus manos. ¿Había oído usted hablar a Silas algo referente a Elmer Dunn?

Denegó ella.

—En absoluto. La primera vez que oí ese nombre fue al venir a Fresno. Todo el mundo lo recordaba. Asesino de mujeres. Nada más.

—No cabe duda...

Roy le impuso silencio. Entonces la joven prestó atención y captó los ruidos muy suaves que se estaban produciendo en la parte posterior del *bungalow*. Eran unos roces muy tenues. Como si algo hurgase en la pared o se arrastrase sobre ella.

Esa parte de los *bungalows* daba a una explanada en la que habían sido instaladas varias dependencias deportivas. Un campo de tenis, una piscina, un gimnasio al aire libre...

Brilló el temor en las pupilas de Li'l. Después de lo que había dicho el comisario podía ocurrir cualquier cosa. Una de ellas, que el asesino del cuchillo, el resucitado, el hombre escapado de su tumba...

—¿Qué puede ser eso? —susurró ella.

—No tema, Li'l. Creo que todos estamos un poco sobreexcitados. Es posible que se trate de...

No terminó la frase. La cortó en seco al mismo tiempo que se cortaba la luz y quedaban sumidos en una completa oscuridad.

Li'l buscó contacto con su acompañante. Se sentía sobrecogida, dominada por un presentimiento. Era terrible ese presentimiento. Un hombre horrible, salido del ataúd y de la tierra, esgrimiendo un cuchillo y abalanzándose sobre ella.

—Voy afuera —musitó Roy en el oído de la joven—. Este corte del fluido eléctrico es premeditado. Nos afecta sólo a nosotros. Mire al fondo de las instalaciones deportivas. Las farolas continúan encendidas. Una avería general las hubiese afectado también. Todo el bloque se suministra de un mismo transformador.

El cuerpo de Li'l se sacudió en un leve espasmo. Era desagradable la sensación del miedo. La imaginación trabajaba de un modo inusitado. Y todo lo que bullía en el cerebro era horrible, macabro. Las tinieblas acrecentaban esa sensación. Parecía como si se hallase en un mundo desconocido, un mundo en el que todo lo que podía ocurrir era una incógnita, pero con el convencimiento de que todo iba a ser un peligro real. Eso aceleraba los latidos del corazón, hacía batir las sienes al agolparse en ellas la sangre.

—Espere —adujo Li'l en el mismo tono bajo empleado por el

comisario—. Yo voy con usted. No podría resistir quedarme sola en esta oscuridad.

Roy la comprendió y accedió.

Abrió la puerta trasera, bastante estrecha, con un cristal tallado formando su panel superior.

Salieron al aire libre.

—No se muevan —masculló una voz desde la sombra proyectada por el mismo *bungalow* al recibir del otro lado la claridad del astro nocturno.

Se volvieron los dos. Muy despacio.

Una sombra se destacó, dejó la oscuridad para adelantarse hasta la parte iluminada espectralmente por la luna.

Roy cerró sus ojos por un instante y sus manos se crisparon de un modo instintivo.

Anne no había sufrido alucinaciones ni Clara Hobbing sugestión alguna. Era Elmer Dunn el hombre que tenían delante, encañonándoles con una pistola y manteniendo el cuchillo de larga y ancha hoja en su cinturón. No cabía dudarlo. Lo tenía allí mismo, a escasos pasos de distancia. Los ojos desorbitados, el brillo de locura en ellos, la horrenda cicatriz surcando su mejilla...

El propio Roy no pudo evitar un estremecimiento. Haber visto a un hombre metido en un ataúd con tres balazos disparados por él mismo, haber visto cómo la tierra cubría ese ataúd, y encontrarse de pronto frente a ese mismo hombre...

La voz de Elmer Dunn brotó con tonalidades roncadas, casi de ultratumba:

—Vas a morir, Li'l Kelber.

Escapó un sollozo que brotó desde lo más hondo del ser de Li'l Kelber.

El presentimiento había tomado cuerpo, era una realidad.

El asesino cambió el arma de mano. Lentamente, como si esa sencilla acción le costase un esfuerzo inaudito. Luego empuñó el mango del cuchillo y empezó a sacarlo lentamente.

Se inmovilizó al sentir las pisadas. Miró en esa dirección, como miraron Li'l y Roy.

Una silueta menuda se destacó y avanzó con paso decidido hacia ellos.

Elmer Dunn se apresuró a dejar quieto el cuchillo y empuñó de nuevo el revólver con su mano derecha.

—No se mueva —pronunció—. No dé un paso más o disparo.

—No lo hagas, Elmer —respondió una voz desgarrada por la emoción—. No dispaes, hijo mío. Soy tu madre. Quiero hablar

contigo. He estado siguiendo al inspector, porque estaba segura de que me traería a tu lado. Ahora estamos juntos y tienes que escucharme.

CAPITULO VII

Elmer Dunn pareció desconcertarse. Su rostro horrible dibujó una mueca que acrecentó más aún su expresión horrorosa y demoníaca.

—Deténgase —masculló—. No dé un paso más. Nada tenemos que hablar entre nosotros.

—No dispaes, no mates a nadie, Elmer —suplicó la mujer, sin dejar de avanzar hacia el asesino—. He hablado con Roy McGurn. Es una buena persona. Te ayudará. No puedes desoír la voz de tu madre.

Llegó a su lado. Apoyó sus manos, trémulas, huesudas, de venas muy marcadas, en el antebrazo izquierdo del asesino.

Este le propinó un empujón, la apartó de su lado bruscamente.

Los sollozos cortaron las palabras de la mujer al verse rechazada por su propio hijo. Pero no se dio por vencida y volvió a la carga, aferró la mano izquierda de Elmer Dunn. Al hacerlo, dejó escapar un leve grito de repugnancia y elevó su mirada para posarla en la desorbitada de su hijo.

Elmer reaccionó. Elevó esa misma mano izquierda y propinó un golpe seco, contundente, en el hombro de la mujer, que se desplomó al suelo.

Cuando se irguió sobre sus antebrazos y volvió a elevar su mirada, Elmer retrocedió dos pasos y empezó a disparar contra ella.

Los balazos la alcanzaron de lleno. Se hundieron en su frágil cuerpo con golpes mates y escalofrantes, punteando de rojo el sencillo vestido.

Li'l prorrumpió en voces de horror al ver morir entre convulsiones a la mujer. Al horror de ver la muerte se sumaba el hecho del parricidio.

Roy se lanzó como impulsado por una catapulta. El instinto de conservación era un buen acicate. Pero la ira se sumaba a esto en el ánimo del comisario.

Pudo cerrar sus manos en el antebrazo derecho del asesino y forcejeó con él para impedirle disparar el arma.

Tropezaron con el cuerpo de la madre de Elmer y cayeron al suelo, sin soltarse, manchándose de la sangre de la víctima del asesino.

Roy retorció aquel brazo y los dedos se abrieron para soltar el

arma cuando bastaba una leve presión más para quebrar el hueso. Pero el asesino no estaba dominado. La locura que lo poseía ponía en sus músculos una fuerza casi sobrehumana.

Se sacudió de encima a Roy. Luego elevó su mano izquierda y la dejó caer sobre el costado del cuello del comisario.

Roy tuvo la sensación de haber recibido un mazazo. El golpe le conmocionó, puso neblina en su cerebro.

El asesino saltó con agilidad. Desenfundó su cuchillo y clavó en Li'l su mirada horrible.

La joven retrocedió, se apoyó en la pared. No sintió fuerzas para huir, para correr en busca de la salvación. Sus piernas flaqueaban, estaba a punto de sumirse en las sombras de la inconsciencia. El mismo terror desatado le impedía hacerlo y mantenía fija su mirada en la brillante hoja de acero que avanzaba a su encuentro, que iba a buscar su garganta.

Roy estiró sus manos desde el suelo, engarfió el tobillo izquierdo del criminal y tiró con fuerza. Le hizo perder el equilibrio y caer de bruces al suelo.

El otro gruñó como una bestia herida. Se libró de la mano de Roy. Pero los disparos habían producido la alarma y salía gente de los *bungalows*. Un retraso y todo estaría perdido para él, no podría escapar.

El asesino se lanzó a la carrera hacia uno de los callejones que separaban los *bungalows* unos de otros. Desapareció antes de que Roy pudiera empuñar su revólver de reglamento.

El comisario se oprimió la parte del cuello en la que había recibido el golpe. Aquella mano del asesino parecía de hierro.

Un coche partió a toda velocidad, hacia el centro de Fresno. Se había perdido de vista cuando Roy llegó a la carretera.

Escapaba. Con la ventaja que llevaba podía burlarlo tranquilamente por entre las calles de la ciudad.

Utilizó la radio del coche para ponerse en contacto con el Departamento de Policía y pedir ambulancia y la llegada de los expertos en huellas y demás.

Regresó al lado de Li'l.

De los *bungalows* había brotado una manada de hombres y mujeres, que examinaban con morbosa curiosidad el cadáver acribillado de la pobre mujer.

Li'l continuaba apoyada en la pared, pálida, desencajadas sus facciones, sin fuerzas para moverse, para reaccionar.

El comisario hizo despejar un amplio espacio. Luego llevó a dentro a la joven y la sentó en un costado del lecho. A continuación

le sirvió una taza de café.

—Tómese esto, Li'l. Lo necesita. Ha pasado un mal rato. Pero ya ha pasado todo.

—Ya ha pasado. Pero ese hombre quiere matarme. ¿Cuántas veces podré escapar?

—Tranquila, Li'l, tranquila. Confíe en mí.

Llegó la ambulancia y llegaron los expertos.

El asesino había cortado el cable que suministraba el fluido al *bungalow* de Li'l y la avería fue reparada en pocos minutos. Pero ella no permaneció allí. Roy dio instrucciones a sus hombres y la llevó hasta su coche patrullero.

—¿No tiene que trabajar junto a sus hombres?

—En este caso, no. Lo que ya ha pasado no va a aclararme nada. Me importa más lo que va a ocurrir de ahora en adelante. Vale más prevenir que curar. Esos hombres conocen bien su oficio, son responsables.

Partió la ambulancia, llevando el cadáver de la madre de Elmer. Roy se hizo a un lado para dejarle libre el paso. Y la joven comentó:

—Es terrible esto. Pensar que su propio hijo...

—No se devane los sesos. Acabará volviéndose loca. Trate de olvidar lo que ha visto. Le costará mucho al principio, pero todo llega. Cuando se encuentre sola, procure dejar su mente en blanco. Debe aprender a autoeducarse en ese sentido.

—¿Me lleva detenida a la comisaría? —preguntó ella cuando se adentraron ya por River City y Emigrant Park.

—No tengo cargos contra usted, Li'l.

En ese momento se encendió la lucecita roja que indicaba una llamada por radio.

Tomó el micro e inquirió:

—Adelante. ¿Qué sucede?

—Soy Barney, comisario. Acabo de llegar a la comisaría y enterarme de la muerte de la madre de Elmer Dunn. ¿Estabas ahí cuando ocurrió todo?

—Sí, Barney. Ha sido Elmer Dunn en persona. Lo he visto con mis propios ojos, de forma que ya no cabe duda alguna. El muerto ha resucitado, ha salido de su tumba. Ya hablaremos más despacio de todo esto.

Cuando resonó el respingo de Barney, Roy cortó la comunicación.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella.

—A mi apartamento. Los policías sabemos cuidarnos tanto como

los propios *gangsters*. Allí estará segura. No podía dejarla en ese *bungalow*. Y no piense nada malo. Mañana enviaré por sus ropas y demás enseres. Necesita un lugar donde se sienta a salvo para poder descansar.

—¿Y usted?

—Tengo mucho trabajo por delante. No se preocupe por mí. Estoy acostumbrado a dormir en cualquier parte, incluso de pie cuando es necesario.

El apartamento de Roy era el propio de un hombre soltero y descuidado con el aseo del mismo. Tres veces por semana iba una mujer a limpiarlo. Pero la limpieza y el orden duraban pocas horas. Las colillas se amontonaban en el suelo, la alfombra del pequeño *hall* estaba chamuscada de las puntas de los cigarrillos y el desorden era mayúsculo en todas partes.

—¡Hombres! —exclamó Li'l al entrar y pasear su mirada por todos los rincones.

—No se sulfure, Li'l. Las brujas llevan escoba por eso. Y los brujos estaca.

Le ofreció un trago de whisky.

—Póngase cómoda. Y responda a mis preguntas. Tengo el presentimiento de que todo esto está muy relacionado con el sabotaje que mató a Silas y a determinados amigos suyos. Usted me entiende. Si calla, no voy a reprocharle nada. Está en su derecho. Pero si habla, es posible que pueda impedir nuevos asesinatos.

Li'l se rindió, no opuso resistencia.

—Sólo he tratado de olvidarlo todo, comisario. Tampoco sé demasiado. Creo que voy a decepcionarle en ese aspecto.

—Usted no puede decepcionarme en ningún aspecto, Li'l.

Ella bebió un largo trago antes de hablar, como si necesitase del estímulo del alcohol para acabar de reponerse de la impresión vivida esa noche.

—Actué durante bastante tiempo en un club de San Diego. Silas estaba también allí y nos veíamos con frecuencia. De pronto se efectuó un cambio profundo en su carácter. Estaba preocupado, inquieto, como ausente. Le pregunté y se negó a responderme al principio, dijo que no le ocurría nada, que todo eran figuraciones mías. Cambió cuando le dije que podía contar conmigo para lo que fuese, que yo le ayudaría en lo que me pidiese. Entonces se sinceró conmigo. Y me sorprendió también.

Nuevo silencio antes de proseguir, tras un nuevo trago de whisky:

—Silas había llevado a cabo un trabajo de espionaje unido a un

grupo de amigos. Ese trabajo iba a reportarles un buen beneficio a cada uno de ellos y, además, no quedaban comprometidos, dejarían de espiar a partir de ese momento. No pronunció ningún nombre ni yo se lo pedí. Sólo le insté para que reconsiderase las cosas, para que tuviese en cuenta muchos principios, muchos ideales que no debía traicionar. Nos despedimos así y no le vi en una semana. De pronto me llamó al club por teléfono. Había tomado una decisión. Iba a ir a San Francisco y revelar al FBI todo lo que sabía. A entregar lo que había logrado y a denunciar al grupo. Había luchado en Corea y su interés por su nación se había despertado fácilmente. Esas fueron las últimas noticias tuyas que tuve. Alquiló una avioneta y emprendió el vuelo. Ya conoce el resto.

Asintió Roy.

Li'l desconocía a los componentes de ese grupo. Pero el inspector del FBI se los había comunicado. De todas formas, nada podía hacer en contra de esos hombres. No existían pruebas. Pero era necesario hablarles. Todo hacía suponer que estaban sentenciados a muerte.

CAPITULO VIII

Roy sacó una pistola de un cajón y la puso en las manos de Li'l.

—¿Sabe dispararla?

—Creo que sí.

—Bien. No creo que corra ningún peligro aquí. Cuando yo haya salido, eche la cadena y el cerrojo. No hay escalera para incendios y nadie puede subir por la ventana. No abra la puerta a nadie, excepto a mí.

—¿Dónde va usted?

—Voy a buscar a Louis Millman, uno de los antiguos compañeros de Silas Adwel. Es el único que sé dónde encontrarle. Ese tipo ha estado varias veces en la comisaría por promover escándalo. Bebe demasiado. Usted trate de descansar mientras.

—No podré hacerlo.

—Inténtelo al menos. Si le es imposible, tome café. No pretenda buscar la calma mediante el whisky.

Salió Roy. Luego esperó junto a la puerta y sonrió al oír el ruido de la cadena y del cerrojo al ser echados por Li'l.

Subió al coche y atravesó Road Street para desembocar en los suburbios de la parte sur de la ciudad.

Era ésa la parte antigua de Fresno. Las huellas de la colonización española eran escasas. Un grupito de casas encaladas y ventanas con rejas, habitadas por los descendientes de los antiguos californianos que ya estaban allí cuando México se independizó. Con ellos se practicaba una discriminación atroz, semejante a la que se imponía a los hombres de raza negra.

Las casas de los suburbios eran de tres y cuatro plantas en su mayor parte. Casas de fachadas desconchadas, de ventanas mugrientas y mal ajustadas, en cuyo interior se hacinaban las familias pobres, los desheredados de la fortuna. Allí, se jugaba en los tugurios.

El ambiente era sórdido. La atmósfera no era pura, estaba impregnada de extraños olores que parecían formar parte de ella, como si el viento no penetrase hasta esos barrios para purificarlos.

Buscó la casa.

Número 211 de México Street. Una casa de cuatro plantas y un ático miserable. Fachada gris, sucia. Las ventanas, todas

iguales en todas las plantas, formando hileras alineadas de arriba abajo y de izquierda a derecha, le daban un aspecto de colmena.

Roy había estado allí un par de veces. En las dos ocasiones para llevar a Louis Millman después de que éste hubo pagado su correspondiente multa por armar escándalo.

Ascendió los escalones, lentamente.

El interior resultaba más sórdido que el exterior. La escalera estaba sucia desde el techo a los escalones. Las paredes habían perdido su antiguo color rojizo, color ladrillo. La iluminación era muy escasa y en el segundo descansillo no había bombilla.

El silencio era denso, sólido, tétrico.

Subió al ático y empujó la puerta.

Captó los sonoros ronquidos de Louis Millman, la respiración fuerte, fatigosa del borracho.

Dio la luz y le contempló tendido en un diván, desgredado, los faldones de la camisa fuera del pantalón. Junto al diván, una botella de whisky, vacía.

Le zarandeo por un hombro para despertarle.

Louis Millman despertó sobresaltado. Se incorporó a medias y miró a Roy con ojos congestionados.

—Usted —masculló—. Oiga, comisario. No he salido de casa. Me he emborrachado aquí mismo, en solitario. Eso no es ningún delito que yo sepa. ¿O existe una nueva ley que yo desconozco?

—Deje de decir tonterías, Millman. Tenemos que hablar de algo muy serio.

Olía el ático a suciedad, a sudor, a whisky. Una mezcla repugnante.

Miró a su interlocutor, que acababa de sentarse en el diván con gesto de cansancio.

Millman era una ruina humana. No debía haber rebasado los treinta años de edad, pero representaba diez más. El abuso del alcohol le había convertido en un viejo decrepito, vencido por la vida.

Sobre una mesita de tablero mugriento había una foto de una mujer muy bonita, que sonreía. Al pie de la foto, una cariñosa dedicatoria para Millman.

—¿Quién es? —preguntó Roy.

—Era mi esposa. Bonita, ¿verdad?

—Mucho. Ha dicho era. ¿Ha muerto?

—Para mí, sí. Nos hemos divorciado. La idea y la iniciativa han sido tuyas. Cuando uno se divorcia siente como si la otra persona hubiese muerto. Y yo la quería mucho.

—Si la quería, ¿por qué la dejó escapar?

Millman sonrió amargamente antes de dar su respuesta:

—El maldito alcohol. Ella trató de ayudarme, de levantar mi ánimo para que fuese fuerte. Todo fue inútil. Necesito beber. Es más fuerte que mi voluntad.

—¿Un alcohólico? Si es así, lo mejor que puede hacer es ponerse en contacto con el grupo de alcohólicos anónimos de Fresno. Todo es cuestión de fuerza de voluntad, de desearlo. Ellos le ayudarán a vencer esa debilidad endémica.

Millman manoteó al aire.

—Nada de alcohólico, comisario. No tengo esa propensión. He leído folletos editados por esa gente. El alcohólico es un auténtico enfermo. Bebe por placer. De pronto, una mañana comprueba que ni el café ni el analgésico le sirven para dominar su malestar. Necesita beber alcohol. Ya está cogido en la trampa. Ellos comparan su mal con el de la diabetes. Los diabéticos llevan consigo la propensión a serlo. Los alcohólicos también. No, comisario. No es ése mi caso. Soy un asqueroso borracho. Hay algo en mi vida que... Mejor me callo y me lo guardo para mí. Es un peso enorme sobre el espíritu.

—Se refiere a Silas Adwel y a los otros componentes del grupo, ¿no?

Le miró. El desconcierto estaba allí, en sus enrojecidas pupilas.

—¿Cómo sabe usted eso? —tartajeó.

—No importa cómo, Millman. Lo sé y es suficiente. ¿Quiere sincerarse conmigo? Es posible que eso ayude a encontrar a un asesino y a evitar nuevas muertes.

Millman se levantó del diván y paseó por la reducida estancia. Los efectos del alcohol habían desaparecido de súbito después de las últimas palabras de Roy. Se mostraba ahora cauto, receloso, desconfiado, en guardia.

—No tengo nada que decirle, comisario. Silas murió en un accidente de aviación y es todo cuanto sé.

—El accidente fue provocado.

—Yo no provoqué ningún accidente. Dígame. ¿Qué muertes puedo impedir yo?

—Posiblemente las de Harry Mayfield, Frank Logan... y la suya propia. Creo que los tres están en peligro. El mismo peligro que se ha llevado para siempre a Heywood Dodge y a Tony Hobbing.

Millman se estremeció. Dejó de pasear para mirar nuevamente a Roy. Un miedo profundo empezó a dominarle, un miedo atávico a lo desconocido, al terror de la muerte por la violencia.

—Ese asesino... —musitó—. ¿De veras cree que nos busca a nosotros?

—Estoy seguro. ¿Conoció en alguna ocasión a Elmer Dunn?

—No. Bueno, puede que le conociera, pero no reparé en él. Nada me unió a ese hombre.

—Es muy posible que esté actuando inducido por uno de sus antiguos compañeros. O por usted mismo.

El furor hizo a Millman soltar un taco.

—No diga estupideces. Me cuesta creerle eso de que el asesino nos busque a nosotros. Ese cuchillo cortando la garganta...

Se acarició la laringe. El alcohol se le volvió vinagre en el estómago.

—¿Qué puedo hacer? —masculló.

—Si no es el inductor, tomar precauciones para no ser víctima.

—No soy el asesino.

—Bien. Entre ustedes hubo algo, un trabajo que les reportó un buen beneficio a cada uno. Si usted me explica todo eso, es posible que...

—No tengo nada que decirle, comisario.

—Está bien. No le entretengo más.

Millman fue a replicar algo, pero Roy le contuvo con un ademán de su mano derecha.

Sonaban pasos en la escalera. Pisadas lentas, pausadas, pero recias.

Millman tragó saliva con dificultad. Llevó su mano a la garganta, como si ya sintiese el frío roce del acero del asesino.

—¿Cree usted que...?

—No creo nada, Millman. Las calles están desiertas y todos los establecimientos han cerrado desde hace por lo menos un par de horas. Pero eso tampoco quiere decir nada.

Abrió la puerta del ático y salió al descansillo.

Le siguió Millman.

Se abrió una puerta de la tercera planta.

El hombre que subía soltó un gruñido. Seguidamente estalló el grito histérico de una mujer:

—¡El asesino de la cicatriz!

La puerta se cerró de golpe, la mujer ocultó su terror de esa forma.

Roy empuñó su revólver de reglamento, asomó el busto sobre la destartada barandilla para conminar:

—¡Alto! ¡Deténgase!

El otro maldijo sordamente. Luego echó a correr escaleras abajo, saltando los escalones.

Roy se lanzó en su persecución mientras Millman mascullaba:

—Duro con él, comisario. Mátelo, elimine ese peligro.

CAPITULO IX

Roy acortó la distancia que le separaba del fugitivo. El último tramo lo salvó de un salto, que le permitió caer sobre la espalda del presunto asesino y derribarle.

El otro intentó zafarse y ganar la calle. Pero Roy le sujetó fuertemente, le dominó. Dos golpes en pleno rostro acabaron con su resistencia y se mantuvo quieto, alzando su mano en petición muda de que no continuase castigándole más.

Roy le alzó a viva fuerza. Le miró con detenimiento.

No era el hombre que había imaginado. Era un vagabundo miserablemente vestido. Se había pintado la cicatriz con un poco de pintura rojiza. Eso había confundido a la mujer de la tercera planta, y le había dado un susto de muerte.

—¿Quién es usted y por qué se ha pintado esa raya en la mejilla? —espetó Roy.

El otro no opuso resistencia en responder:

—Soy forastero. He llegado esta misma tarde a Fresno. Andaba mal de «chatarra» y me colé en una casa deshabitada y medio en ruinas para pasar la noche. Luego llegó un tipo raro. Me estuvo friendo a preguntas. Un tipo muy desconfiado me pareció. Me propuso hacer esto, venir aquí con esta raya roja pintada en la mejilla y subir estas escaleras haciendo ruido. Eso a cambio de diez dólares. Me dijo que era para gastar una broma. No había cuidado alguno. Me dio el dinero y me trajo en coche hasta muy cerca de aquí.

—¿Cómo era ese hombre?

—Tenía unos ojos muy saltones y una cicatriz profunda en su mejilla izquierda.

—Elmer Dunn —susurró Roy, y alzó seguidamente el tono de su voz para decirle—: Vamos. Lárgate de aquí antes de que me arrepienta y le encierre en la cárcel por una temporada.

No esperó a verle salir del portal. Corrió escaleras arriba, casi sin esperanza de poder impedir el asesinato de Louis Millman. Porque el asesino había tendido una trampa muy sutil.

Mientras el comisario bajaba en persecución del vagabundo, Millman apoyó sus manos en la barandilla del descansillo y se inclinó hacia delante para ver si Roy lograba dar alcance al fugitivo.

No advirtió la silueta humana que entró por la ventana de guillotina que daba a la escalera para incendios y avanzaba hacia él a través del *hall*.

Las manos del intruso se cerraron en sus brazos y le arrastró hacia atrás con impulso irresistible. Le metió en la casa y cerró la puerta de una patada. Entonces le soltó y Millman cayó de espaldas al suelo.

Los ojos de Millman se desorbitaron al fijarlos en aquel rostro surcado por una cicatriz, en aquellos ojos saltones, brillantes de locura homicida.

Elmer Dunn, el asesino loco que había salido de su tumba.

El terror se desbordó en sus entrañas. La muerte estaba allí. La luz arrancaba destellos siniestros a la hoja del cuchillo que iba a seccionarle la garganta.

Se removió en el suelo, se sintió flácido, sin fuerzas.

—No —musitó a duras penas—. No lo haga.

—Ha llegado la hora de la venganza, Louis Millman.

—Jamás le había visto antes en mi vida.

El asesino se inclinó sobre él. De pronto le apoyó un pie en la frente y le oprimió la cabeza contra el suelo. Louis Millman jamás había sentido antes un cúmulo semejante de sensaciones. Pero eso duró poco. La hoja del cuchillo se movió y su garganta quedó seccionada.

Elmer Dunn emitió aquella risita suya tan siniestra, tan tétrica y escalofriante. Pero la cortó en seco al sentir las pisadas rápidas de Roy McGurn, a punto de alcanzar ese rellano del ático.

Cuando Roy entró en el *hall*, vio el cadáver de Millman en el suelo, arrojando sangre a borbotones por la herida. La ventana abierta le reveló por dónde huía el asesino.

Salió al balconcillo.

Lo vio entonces. Bastante abajo. Descendiendo con agilidad felina.

Le siguió.

Elmer Dunn llegó a la calle y se lanzó a la carrera hacia el extremo occidental de la calle.

Disparó Roy, pero sin efectividad.

Perdió de vista al asesino cuando éste dobló la primera esquina. Indudable que se dirigía hacia el extremo de la ciudad.

Volvió a verlo, bastante lejos, cuando dobló a su vez la esquina.

La calle terminaba en un descampado y más allá no había casas, sino una enorme explanada sobre la que estaban paradas dos palas mecánicas, una excavadora y una grúa. Entre las máquinas, una

caseta de guardar herramientas.

Vio cómo el asesino se colaba en una casa de dos plantas situada en la parte izquierda de la calle. Una casa deshabitada, medio en ruinas. Las ventanas habían desaparecido y en su lugar quedaban unos boquetes deformes. Tampoco tenía puerta y las paredes presentaban grandes desconchaduras.

Allí debía tener su refugio y allí había encontrado al vagabundo. La forma como había acabado con Louis Millman demostraba que era rápido en ideas.

Roy traspasó el umbral, adoptando precauciones.

Se internó unos pasos y se detuvo. Tendió el oído, prestó atención a los ruidos que pudieran producirse.

Silencio y tinieblas. Presentía la presencia del asesino, pero éste se mantenía inmóvil, en el mayor silencio.

Elevó su mirada.

Faltaba parte del techo que separaba las dos plantas y quedaba un enorme hueco. Los escombros se amontonaban allí, cerca de la entrada.

Captó de pronto el roce que se producía arriba.

Roy, impulsado más por la intuición que por otra cosa, se tiró al suelo, apartándose del punto que estaba ocupando.

El bloque de ladrillos unidos por el cemento y desgajados de una de las paredes, se estrelló contra el suelo produciendo un sordo ruido. Cayó justamente sobre el lugar que él acababa de abandonar.

El comisario se movió para incorporarse. Eso le salvó. El cuchillo, lanzado con ímpetu y habilidad, hendió el aire y se estrelló contra los escombros del suelo produciendo un tintineo metálico.

El asesino estaba arriba. Había lanzado el bloque de ladrillos y luego el cuchillo.

Disparó Roy. A ciegas.

El asesino se apartó del hueco. Sintió sus pisadas cuando se retiró hacia el fondo.

No vaciló Roy. Resultaba escalofriante estar en un sitio como ése, tan cerca del criminal salido de la tumba. Pero el sentido del deber era en él más fuerte que cualquier sensación.

Se encaramó sobre los escombros y saltó. Sus manos se afianzaron en el borde del agujero y se izó ágilmente.

Otra vez había vuelto el silencio, ese silencio sobrecogedor y alucinante.

Se puso en pie y escrutó las sombras que le rodeaban.

Le pareció distinguir algunos tabiques, medio derruidos. También allí se amontonaban los escombros. La casa estaba ruínosa.

Avanzó dos pasos.

Una parte del suelo falló bajo su pie izquierdo, se desmoronó un bloque y Roy estuvo a punto de seguirlo en su vertiginoso descenso.

Recuperó el equilibrio mientras el bloque se estrellaba con estrépito prolongado al separarse los materiales que lo componían.

El revólver de Elmer Dunn bramó entonces y las balas silbaron cerca de Roy.

Este se tendió en el suelo y replicó. Las detonaciones adquirieron una extraña resonancia en las oquedades del ruínoso edificio.

Pedazos enteros de yeso se desprendieron de los tabiques al acusar los impactos de las balas.

Roy oyó el ruido que acababa de producirse. Y lo interpretó bien. El asesino acababa de saltar a la planta baja, sin duda por otro hueco abierto al fondo.

Saltó Roy seguidamente.

Elmer Dunn abandonó la casa por un hueco abierto en la pared trasera, a ras del suelo. Luego se coló por un agujero grande, del suelo, para internarse por una antigua canalización para el desagüe de esa parte de la ciudad.

Roy le siguió, despacio, adoptando precauciones. El canal subterráneo podía ser una trampa.

Descendió al fondo del hoyo y miró la entrada de la enorme tubería.

El nuevo Concejo Municipal había concebido allí un ambicioso proyecto. Todo el alcantarillado había sido modernizado, instalado en mejores condiciones. Entonces, esa parte del antiguo sistema se dejó así, porque el proyecto abarcaba el derribo de toda la manzana de casas, antiguas y mal acondicionadas. Antes, sus habitantes irían a vivir a las nuevas zonas residenciales. La explanada que nacía a partir de allí ya había sido trabajada y una importante constructora iniciaba la preparación de un amplio complejo deportivo y recreativo.

Ese tramo del viejo sistema de desagüe tenía otra salida. Si no se daba prisa, el asesino escaparía.

Se adentró.

Podía caminar de pie, doblado por la cintura.

Roy lo hizo aprisa. Sacó su foco de bolsillo y lo encendió.

Frente a él se formaba un recodo. Eso le impidió ver a Elmer Dunn, aunque sentía sus pisadas, incluso el jadeo de su respiración.

Dobló el recodo. Luego otro más, un centenar de yardas más allá.

Al embocar ese tramo, un hedor hediondo atacó sus cavidades nasales. Un olor pútrido, irrespirable. Un olor que conocía bien. Un cuerpo en descomposición, un cadáver putrefacto estaba en el fondo del desagüe.

Volvió a encender su linterna.

El cuerpo se hallaba cruzado en el suelo, muy cerca del recodo. Y al fondo del tramo de tubería, una pared de tierra ponía fin al mismo. Junto a la pared, un boquete comunicaba con la superficie. El asesino había salido por allí.

CAPITULO X

Roy salió a su vez. Estaba en el mismo borde de la explanada, muy cerca de un grupo de casitas construidas con un estilo muy semejante al de los chalets suizos.

No vio rastro del asesino. La proximidad de esos chalets le había permitido ocultarse rápidamente. Allí empezaba el laberinto de calles.

Se internó por ellas, vigilante, atento. Pero todo fue inútil. El asesino había escapado después de cumplir una vez más su siniestra misión de muerte.

Mal asunto. El terror continuaba suelto. La psicosis del miedo continuaba activa, mediatizando a los ciudadanos de Fresno. Cada día, con la llegada de las sombras de la noche llegaba también para ellos esa especie de incertidumbre temerosa, de no saber quién sería la víctima elegida por el asesino salido de su tumba.

Roy regresó a la tubería, bajó para examinar el cadáver. Se cubrió boca y nariz con un pañuelo.

Enfocó el haz de luz sobre el rostro del cadáver.

Sintió un escalofrío. Era el cuerpo de Elmer Dunn, vestido con el traje que su madre le había puesto como mortaja. Había entrado en franco período de descomposición y ofrecía una horrible visión. Horrible, pero reconocible aún. En su mano derecha empuñaba un revólver de calibre 38, que Roy tomó para examinarlo.

Sí. Era el mismo revólver con el que le había disparado el asesino. El olor de la pólvora evidenciaba que había sido disparado muy recientemente. Pero no lo había disparado Elmer Dunn, no podía caminar ni actuar como una persona viva un cadáver descompuesto. El asesino le había puesto el revólver en la mano antes de salir de la tubería, para buscar un golpe de efecto.

Roy fue en busca de su coche y comunicó con el Departamento para que llevasen a cabo el trámite del levantamiento del cadáver. Luego fue a la comisaría y llamó por teléfono a su apartamento.

La voz de Li'l respondió:

—Soy el comisario Roy. Escuche, Li'l. Voy a quedarme a dormir en la comisaría. No se mueva de ahí. Iré a verla mañana. En el frigo encontrará algo para comer.

—¿Cómo están las cosas?

—Más enrevesadas que antes. Mal que bien, estábamos

buscando a una persona determinada, aunque esa persona se supusiera salida de su tumba. Pero ahora desconozco a quién tengo que buscar. He encontrado a Elmer Dunn, pero el asesino continúa suelto.

Le explicó lo sucedido.

Al acabar, se despidió de ella y llamó al sargento Barney.

Estaba durmiendo y respondió con voz soñolienta:

—Soy Roy, sargento. Cuando acabe de hablar puedes seguir durmiendo a pierna suelta. Pero escucha bien. Tan pronto te levantes, localiza a Harry Mayfield y a Frank Logan. Es posible que te sirva de algo la guía telefónica. Una vez los hayas localizado, avísame. Quiero hablar con esos dos tipos. Eso es todo. Feliz sueño.

Colgó y se retiró al camastro, donde quedó profundamente dormido.

El sol estaba ya muy alto cuando Barney le zarandeó por un hombro para despertarle.

—Buenos días, Roy.

—Buenos días, sargento. ¿Ya tienes los datos que te dije anoche?

—No. Acabo de llegar. Y también acabo de enterarme de lo de Elmer Dunn. Vaya asunto.

—Sí, vaya asunto. Ese tipo sabe bien lo que lleva entre manos. No le ha debido resultar muy difícil caracterizarse, imitar con materias plásticas y demás el rostro de Elmer Dunn. Pero continúa en libertad de acción y me temo que el hecho de haber encontrado el cadáver de Dunn no va a servir de mucho para calmar a la gente.

—Elmer va a ser sepultado al mediodía, Roy. El juez lo ha dispuesto así.

—Estaré presente. Empieza ya tu trabajo. Es muy importante.

Roy acudió al cementerio a la hora señalada para dar sepultura a Elmer Dunn por segunda vez. También estaban presentes, el juez, el fiscal de distrito y uno de sus ayudantes. Más tarde acudió el enigmático doctor Mulligan.

La fosa estaba ya abierta. La misma fosa que había ocupado anteriormente. El ataúd había sido destruido y sustituido por otro nuevo, sencillo, carente de todo adorno.

Antes de bajar el ataúd, el juez ordenó abrirlo. La psicosis había alcanzado también a personas tan sensatas como el juez Byrd. El administrador de la justicia quería cerciorarse de que el cuerpo de Elmer Dunn estaba allí, no había vuelto a salir del ataúd. Si fuese factible, ordenaría poner cerrojos de seguridad en esa tumba de tierra.

Mulligan, impassible y silencioso, se situó junto a Roy cuando éste empezó a caminar hacia la salida del recinto de los muertos.

—¿Cómo va su caso, comisario? —preguntó con cierto retintín malicioso.

—No puedo darle una respuesta contundente, doctor. Nada hay resuelto aún. Seguimos pistas, pero no sabemos adónde conducen.

Hizo un inciso antes de preguntar a su vez:

—Sus experimentos, ¿cómo van también?

—Excelentes, comisario. He dado un paso de gigante estos últimos días. Creo que asombraré al mundo con mi trasplante de cerebro. Demostraré que todas las taras del hombre radican en la materia gris de la cabeza. También todas las virtudes del hombre. El cuerpo de una persona bondadosa, repleta de generosidad, puede convertirse en un arma de destrucción bajo el influjo del cerebro de otra persona que en vida fue un criminal sin entrañas, un tarado mental. Y viceversa.

—Horrible. Opino como el sargento Barney. ¿Por qué no deja en paz a los muertos? Me parece que es ésa la única aspiración de los que abandonan este mundo.

—La vida es hermosa, comisario —sonrió Mulligan.

—Pero no bajo ese punto de vista. Volver a la vida convertido en otra persona muy distinta a como se fue... Horrible, doctor.

La risita de Mulligan fue escalofriante. Luego fue a su coche y se alejó.

Roy torció el gesto mientras lo veía partir al volante de su lujoso «Cadillac». No le gustaba ese hombre. No podía remediarlo. Su sola presencia le producía malestar, repugnancia. Su cerebro era el que no parecía funcionar muy bien. Tenía inteligencia. Pero la inteligencia no es lo que hace al hombre más humano ni más hombre. La ciencia, llevada a cabo como lo hacía el doctor Mulligan, perdía su sentido mítico para convertirse en algo oscuro y siniestro, como los antiguos ritos de brujería.

El sargento Barney lo buscó en su despacho cuando la tarde estaba ya bastante avanzada.

—Hola, Roy. Tengo los datos que me pediste.

—¿No ha servido de mucho la guía telefónica?

—Ha servido de muy poco. Localicé a Frank Logan a través de ella. Es un tipo más escurridizo que una anguila. Agente comercial. Viaja mucho y habla poco. Vive en un apartamento del edificio Gilbert. Ya conoces la colmena esa. También tiene un despacho en la primera planta. Catorce plantas repletas de agujeritos, en los que residen centenares de personas que se conforman con un pequeño

espacio donde comer y dormir.

—Está bien. ¿Y el otro?

—Harry Mayfield se cambió de domicilio hace un par de semanas. Se casó el mes pasado. Ocupaba también un pequeño apartamento y allí tenía su teléfono. El sitio era muy reducido para dos y se fueron a una casita con el jardín, en Lincoln Park. Me costó mucho localizarlo. Cuando vi el apartamento vacío, llamé a la central de teléfonos. No sabían nada. Tuve que preguntar y caminar mucho. El teléfono de su nuevo domicilio continúa aún a nombre del último inquilino.

—Está muy bien, Barney. Has hecho un buen trabajo. Voy a hablar con Harry Mayfield.

Le franqueó la entrada la señora Mayfield, una mujer joven y bonita. Le invitó a pasar al *hall* y le ofreció una taza de café.

Una ojeada bastó a Roy para darse cuenta de que la familia Mayfield estaba dedicada a empaquetar muchas cosas, como si otra vez cambiasen de domicilio. Las cosas estaban revueltas, muchos objetos envueltos en papel de embalaje y un par de maletas abiertas y a medio llenar con prendas de vestir y otros objetos muy personales.

Harry Mayfield trajinaba en uno de los dormitorios. En aquella casa reinaba un ambiente de tensión, que no pasó inadvertido para Roy.

Salió Harry, llamado por su esposa. En mangas de camisa y algo desaliñado.

Ese hombre estaba asustado. No era un torpe. Formó parte del grupo que se suponía había realizado un trabajo de espionaje en contra de su propio país. Sabía que sus antiguos compañeros Dodge, Hobbing y Millman habían sido asesinados. Había atado cabos y temía ser una víctima del asesino.

—Se marcha de Fresno, ¿no, Mayfield? —preguntó Roy.

—Sí, comisario, me marchó de Fresno. Esto se me ha vuelto insoportable.

—Usted teme ser visitado por ese asesino, ¿verdad, Harry? Responda con sinceridad.

Vaciló Harry. Desde el primer momento se había mostrado reservado delante del comisario, prevenido y cauto para no dejar escapar algo inconveniente.

—Sí —respondió al fin—. Temo la visita de ese asesino.

—¿Por qué?

Aumentó la cautela de Harry.

—No sabría explicarlo, comisario. Un presentimiento, una

corazonada. Tony Hobbing sintió esto mismo que experimento yo. Me llamó para decírmelo. Traté de alentarle, de aquietar su preocupación. Unas horas más tarde estaba muerto. El asesino lo visitó.

—Entiendo. Sus relaciones fueron muy íntimas con los tres últimos hombres asesinados.

—Antiguos amigos. Nuestras relaciones fueron amistosas y comerciales. Eso es todo.

Roy comprendió que no iba a sacar nada más en limpio de aquel hombre. A pesar de su miedo, de todos sus temores, iba a encerrarse en un invencible mutismo. Y era natural. No iba a revelar así, de pronto, que había sido un espía.

CAPITULO XI

—¿Cuándo se va, señor Mayfield?

—Creo que dentro de un par de horas. Ese es el tiempo, más o menos, que nos llevará terminar el equipaje.

—¿Dónde va a fijar su residencia?

—En Los Angeles. No es definitivo. Estaremos allí una temporada. Cinco o seis meses. Es compatible con mi trabajo. Antes de partir pasaremos por la casa de la madre de Rosy. Ella tiene dos hermanas en Los Angeles. La casita a la que vamos es propiedad de una de ellas.

—Bien. Permítame tomar una medida de precaución. Yo, lo mismo que usted, tengo el presentimiento, o la corazonada, como quiera llamarlo, de que el asesino tiene el propósito de visitarlo. El sargento Barney vendrá aquí dentro de un par de horas. Irá detrás de su coche. Quiero que los acompañe hasta el límite del condado. Es una precaución.

Los dos esposos demostraron alivio ante la oferta del comisario. Les complacía saber que un policía iba a vigilar estrechamente hasta que hubiesen abandonado el condado. Eso iba a hacer que se sintiesen más seguros.

—Se lo agradezco, comisario.

Barney acudió puntual a la cita. Cuando aparcó el patrullero detrás del coche de los Mayfield, éstos terminaban de cargar todas sus cosas. El equipo, muy abultado, no les permitió cerrar el portaequipajes. El resto lo habían colocado sobre el techo del vehículo, bien amarrado.

Los dos esposos saludaron a Barney con las manos antes de meterse en el coche y emprender la marcha.

Cerraba ya la noche. El sol se ocultaba, desaparecía más allá del lejano horizonte. La luz era incierta, grisácea, y se encendían las lámparas potentes del alumbrado público.

Barney mantuvo una distancia prudencial. Cruzaron un par de semáforos y enfilaron la amplia avenida del Mar a cuyo término nace la carretera que conduce a Los Angeles.

Se detuvieron junto a una de las últimas casitas, la mayor de ellas de una sola planta, de aspecto coquetón y atractivo.

El sargento permaneció en el patrullero mientras los dos esposos atravesaban el jardín y llamaban a la puerta, iluminada por una

bombilla que sobresalía de un artístico brazo metálico instalado sobre la entrada.

No obtuvieron respuesta y entraron, volviendo la puerta a sus espaldas.

El *hall* estaba sumido en una dulce semipenumbra. La bombilla instalada en el frontispicio de la casa para alumbrar el porche llegaba allí tamizada a través del visillo que cubría el panel superior de la puerta, de cristal.

La madre de Rosy Mayfield estaba allí, tendida en el sofá, atada y amordazada. Sus ojos se desorbitaban, asomaba el terror a ellos. Se agitó como si quisiera prevenirles del peligro que corrían.

Descubrieron también al hombre que estaba situado muy cerca del sofá. Un hombre bastante alto que tenía en su mano derecha un pico de partir hielo.

Harry y Rosy quedaron como petrificados.

Aquel rostro estático, hermético, en el que sólo los ojos parecían tener vida, les resultaba muy conocido. Era el rostro de Jorn Disalle, del loco asesino muerto en la cámara de gas. La prensa de Fresno había aireado mucho el caso cuando el cadáver de Disalle le fue concedido al doctor Mulligan por las autoridades del estado para que realizase sus experimentos científicos. Su fotografía se había publicado en primera plana, en tamaño grande. Un rostro alargado, con el mentón puntiagudo y los labios muy gruesos. El bigote poblado y el labio inferior como partido por la repulsiva cicatriz.

—Es la venganza —masculló, moviendo los labios de un modo raro, como si la vida no alcanzase a sus facciones y permaneciesen aún bajo la rigidez de la muerte.

De pronto se lanzó contra Harry Mayfield. Alzó su mano derecha y golpeó el cráneo de Harry con la punta del pico.

El cráneo produjo un chasquido siniestro y Harry se desplomó.

El asesino volvió a la carga. Se inclinó y empezó a golpear salvajemente la cabeza del caído. Una y otra vez, el pico fragmentaba los huesos de la cabeza. Brotó la sangre.

Nada contuvo al asesino, que parecía poseído de un furor homicida, de un ataque de locura.

Rosy Mayfield se apoyó en el sillón para no desplomarse. Y el mismo horror de la escena puso aquel extraño grito en su garganta. Fue ese grito lo que hizo volver en sí al criminal, lo que despertó su atención.

El grito, infrahumano, fue captado por Barney. Llegó muy amortiguado hasta sus oídos, pero Barney, que permanecía con la

portezuela abierta, sintió todo el horror que vibraba en el sonido.

Se apresuró a salir del patrullero y correr hacia la casa. Al mismo tiempo, el asesino dejó caer al suelo el pico y empuñó un revólver. Luego abrió la ventana del fondo, que daba a un pequeño patio, y saltó afuera.

Entró Barney como una tromba.

El disparo del asesino le sorprendió. La bala alcanzó su hombro izquierdo, se incrustó en su clavícula y le produjo un dolor lacerante, insoportable.

Hincó las rodillas en el suelo, transido de dolor. Sacó su revólver de reglamento.

Disparó. Pero la silueta del asesino había desaparecido del hueco abierto de la ventana.

Se incorporó pesadamente. Las fuerzas empezaban a faltarle. El dolor mermaba sus facultades físicas, agujoneaba su mente y le restaba una parte importante de su capacidad.

Rosy no resistió más la horrible visión del cadáver de su esposo con la cabeza destrozada, no resistió todo aquello que poblaba su mente ante el reciente recuerdo de lo ocurrido. Se desmayó y su cuerpo pareció hacer retemblar toda la casa.

Barney soltó a la madre de la muchacha. También ella estaba dominada por el horror vivido, pero tuvo fuerzas para llegar junto a su hija, abrazarla y llorar para dar rienda suelta a la opresión que agarrotaba su pecho.

Barney utilizó el teléfono para llamar a Roy y comunicarle someramente lo que había pasado. Luego se dejó caer en el sofá y esperó.

Roy fue en la ambulancia que llevaba al hospital el cadáver cubierto con una sábana, y también a las dos mujeres y a Barney. Mientras, los detectives especializados llevaban a cabo los trabajos de trámite.

Rosy Mayfield volvió en Sí por el camino. Al recuperar la noción de las cosas, su capacidad de pensar y de sentir, miró la sábana que cubría el cuerpo sin vida de su esposo y estalló en sollozos.

Roy se esforzó por calmarla. Cuando ella se tranquilizó un tanto, le hizo una pregunta:

—¿Ha visto usted al asesino de su esposo?

—Sí. Es horrible, horrible.

Se cubrió el rostro con las manos para que no viesen su gesto de auténtico horror, de miedo desatado.

Barney se incorporó un poco sobre su brazo sano para escuchar

la respuesta.

—¿Quién era? —inquirió Roy.

—Era... Jorn Disalle. Ese asesino que fue ajusticiado en la cámara de gas y luego llevado al laboratorio del doctor Mulligan.

—Eso no es posible —estalló el comisario—. He visto el cadáver de Jorn Disalle en el laboratorio del doctor Mulligan. Estaba muerto y bien muerto. El doctor había dejado su cerebro al descubierto. Imposible que ese hombre...

Rosy retiró las manos de su cara. Miró a Roy con fijeza. El horror continuaba estando en sus entrañas y asomaba a sus pupilas. Pero la negativa de Roy ante la evidencia presenciada por ella parecía animarla.

—Le he visto bien y le he reconocido, comisario. Vi su foto en los periódicos. No existe la menor duda.

Intervino la madre de Rosy:

—Mi hija tiene razón, Roy. Yo también le he visto. Llegó de improviso. Yo pensé que era mi hija y Harry los que entraban en mi casa y no sentí la menor alarma. Estaba en la cocina, preparando un pastel de fresas para Rosy. Me atacó, pero no fue muy brutal conmigo. Me amarró y amordazó. Luego estuvo esperando por espacio de un cuarto de hora más o menos. Hasta que llegaron ellos.

Llegaron al hospital.

Roy esperó hasta que terminaron los médicos con Barney. El sargento tendría que permanecer hospitalizado durante unos días. La herida no revestía mucha gravedad, pero los médicos necesitaban vigilar eso.

Habló con él.

—¿Qué opinas de todo esto, Barney?

—Creo que he perdido ya mi capacidad de opinar, Roy. Todo esto es desconcertante. Reaparece Elmer Dunn y hace de las suyas. Luego lo encuentras más muerto que mi abuela, y podrido. Y de pronto reaparece ese Jorn Disalle, al que los dos vimos muerto en el laboratorio de Mulligan. ¿Cómo se explica eso? Bueno. Yo me inclino por creer que es un nuevo truco de ese asesino. Quiere desconcertarnos y, sobre todo, desconcertar a la gente, desviar la atención hacia el punto que le interesa.

—Es posible. Pero no podemos olvidar los experimentos del doctor Mulligan. Nos dijo que eso tardaría tiempo en lograrse. No era algo de lo que esperase resultados inmediatos. La lógica dice que el asesino ha adoptado la personalidad del difunto Jorn Disalle. Pero la ilógica inhumana de Mulligan...

—Tienes razón, Roy. ¿Sabes? Creo que tengo pesadillas. Ese doctor me produce escalofríos. Debes volver a su refugio de brujas y de espíritus malignos para comprobar las cosas. Redacta un informe y mira a ver si consigues que las autoridades prohíban esos experimentos.

—Tranquilo, Barney. Voy ahora mismo en busca de Mulligan. Es la mejor forma de comprobar si Jorn Disalle sigue allí, con su cráneo destapado. Me parece que yo también empiezo a tener pesadillas aunque esté despierto.

CAPITULO XII

Roy dejó el coche casi pegado al primer escalón del porche.

Paseó su mirada por el pequeño parque y por la fachada de la mansión de Mulligan.

Sí, Barney tenía razón. La arquitectura era atractiva, pero resultaba escalofriante, como si se tratase de un panteón de descomunales proporciones. Su visión despertaba recónditas sensaciones sentidas en la niñez, cuando las sombras de la noche sobrecogían su ánimo después de haber tenido una conversación espeluznante con sus amiguitos. Sobre todo imponía tal y como la estaba viendo en ese instante, sumida en un silencio espectral y envuelta en las sombras de la noche. Ni siquiera la luz del porche había sido encendida.

La puerta estaba abierta. Lo más seguro era que el doctor Mulligan se encontrase en su laboratorio, enfrascado en su macabro experimento.

Roy pulsó el botón del timbre. Repitió tres veces la llamada y esperó a que Mulligan encendiese la luz del porche y lo viera a través de la pantalla del circuito cerrado de televisión.

No se encendió la luz.

Entró y accionó el conmutador de la luz del corredor. Luego hizo lo mismo en el *hall* cuando avanzó hacia la puerta del laboratorio. Se sentía así mucho más tranquilo, más seguro de sí mismo. Sumergirse en la oscuridad siempre despertaba el pensamiento de un posible peligro acechando en las sombras. La luz disipaba esa idea obsesiva.

La puerta del laboratorio también estaba abierta y la luz apagada.

La dio al tiempo de entrar.

Allí estaba el doctor Mulligan, caído en el suelo muy cerca de la mesa de operaciones sobre la que había visto el cadáver de Jorn Disalle en su anterior visita. El cadáver no estaba ya sobre la mesa y el doctor Mulligan tenía la cabeza destrozada de un modo horrible. Lo mismo que Harry Mayfield. El asesino se había ensañado con él.

Muy cerca del cadáver vio un atizador de acero, de artístico mango plateado. Era el arma homicida. El acero conservaba manchas de sangre y mechones de cabello adheridos a esa sangre.

El atizador había caído una y otra vez sobre el cráneo de Mulligan, hasta quebrarlo y desparramar su contenido. El doctor vestía su bata blanca, enrojecida ahora por las salpicaduras de su propia sangre.

Esa era la forma brutal que Jorn Disalle había empleado para matar a sus víctimas.

Roy examinó todos los cajones de la cámara frigorífica.

Estaban allí los mismos que viera en su anterior visita al laboratorio. Pero había una novedad. Uno de los cadáveres había sufrido la trepanación y su cerebro había sido retirado.

¿Qué significaba eso? ¿Mulligan había, logrado al fin el éxito del trasplante de cerebro? Parecía indicarlo así ese cadáver sin cerebro y la misteriosa desaparición del cuerpo de Jorn Disalle.

Registró el laboratorio. Miró uno por uno los frascos que contenían vísceras humanas y de animales, leyendo todas las etiquetas.

No estaba allí el cerebro de ese desgraciado.

Miró los cajones del mostrador y el pequeño fichero.

Encontró un libro de tapas forradas con piel, que resultó ser como una especie de diario de Mulligan, en el que anotaba lo más sobresaliente de sus experimentos. Ni la menor relación sobre su vida particular e íntima, como era corriente en un diario. Todo versaba sobre sus experimentos científicos.

Roy leyó la última página escrita del diario. Lo hizo en voz alta, como si alguien estuviese escuchando sus palabras.

—«Al fin el éxito ha coronado mis esfuerzos. Los que se reían de mí, dejarán de hacerlo; los que sentían repugnancia no tendrán más remedio que admirarme; los que dudaban se rendirán a la evidencia. El trasplante es ya un hecho. Pero he llegado más lejos de lo logrado hasta ahora con cualquier otro tipo de trasplante. No se trata de salvar la vida de un hombre mediante el trasplante de una víscera perteneciente a otro hombre que ha muerto. Se trata de poder devolver a la vida a un hombre que ya está muerto, mediante el trasplante de un cerebro perteneciente a otro cadáver. Esto es lo que permitirá demostrar mi teoría de que la maldad y la bondad residen en el cerebro del hombre desde el mismo momento en que se produce el crecimiento de una nueva vida en el vientre de una mujer. Esta es la parte más difícil. Es necesario inyectar sangre nueva en las venas, poner en marcha las células detenidas por la muerte. Creo que voy a conseguirlo. Estoy seguro de eso. No creo que sea por mucho tiempo. Me inclino a suponer que mi resucitado no podrá vivir apenas. Pero vivirá, y todo esto puede ser

perfeccionado. Jorn Disalle, "el asesino sin entrañas, tiene ya un cerebro nuevo. El cerebro de un hombre bueno y sencillo.»

Roy terminó la lectura. Sintió como si una garra de acero le oprimiese el corazón y dificultase sus latidos vitales.

Parecía imposible. Era ilógico. A no ser que Mulligan hubiese podido evitar que las células de esos cuerpos no entrasen en descomposición...

Bien. Los hechos estaban allí. Y el diario escrito por Mulligan. Era su letra, desde luego. Sin embargo, da haber logrado Mulligan insuflar vida al cadáver de Jorn Disalle, su teoría había fallado de medio a medio. Jorn seguía siendo un criminal con el cerebro de otro hombre sencillo y bueno. La cámara de gas le había matado sin violencia, sin dañar sus vísceras. Eso hacía posible el experimento. El donante del cerebro, en cambio, había terminado su vida con el corazón partido por la hoja de un cuchillo.

Roy sacudió la cabeza. Quiso apartar de ese modo todas las ideas que poblaban su mente, que le desconcertaban de una forma brutal.

No podía ser. Por fuerza tenía que haber una explicación lógica y racional en todo eso. No iba a volverse loco imaginando a un cadáver andando por las calles de Fresno y asesinando como en sus buenos tiempos.

Estaba el hecho de la víctima elegida por el supuesto Jorn Disalle. Otro de los componentes del grupo de espías. Y ese hecho le daba una pista. El superviviera de la partida. Frank Logan. Si sus sospechas eran dadas, y se inclinaba a creer que sí, Frank Logan sería la próxima víctima del asesino. O quizá era el mismo asesino. Bien. Había un modo de comprobarlo.

Fue en busca de Logan.

El edificio Gilbert era una mole vertical que se elevaba sobre todos los demás edificios de la ciudad. Lo primero que veían de Fresno los viajeros que llegaban allí. Y lo veían desde una larga distancia. Muchos habitantes de Fresno se mostraban orgullosos de su «torre». Les daba una sensación de grandeza. Engrandecía a la ciudad y ellos se engrandecían a su vez por el hecho de vivir allí. Para otros, el edificio Gilbert era sólo una imponente mole maciza.

Frank Logan vivía en un apartamento de la última planta. Era ésta la número catorce.

Roy bajó del patrullero y elevó su mirada, la paseó por la fachada del edificio.

Catorce plantas de paredes enteramente lisas, rota la monotonía por la profusión de ventanas que se alineaban de izquierda a

derecha y de arriba abajo. Todas las ventanas iguales, produciendo otra monotonía distinta, pero monotonía al fin y al cabo. Ni miradores, ni balcones, ni saliente alguno. Paredes rectas y ventanas iguales. Excepto las de la primera planta, que eran mayores. Estaban dedicadas a oficinas y despachos y se había, buscado una mayor entrada de luz en su interior. En conjunto, una especie de montaña de cemento, acero y cristal.

Roy subió en uno de los cuatro ascensores rápidos con que contaba el edificio.

Un rótulo de plástico negro colgado sobre la puerta indicaba, en letras blancas, que allí vivía Frank Logan, agente comercial.

Llamó.

El propio Logan le franqueó la entrada. En mangas de camisa y llevando un vaso alto repleto de whisky hasta el borde.

Frunció el entrecejo al darse cuenta de que era el comisario. No pareció gustarle su presencia.

Sí. Barney le había catalogado bien. Un tipo retraído, suspicaz y escurridizo como una anguila.

—¿Puedo pasar, Logan?

El otro vaciló y al fin se hizo a un lado y le dejó libre la entrada.

Roy cerró la puerta antes de adentrarse en el *hall*.

Frank Logan había bebido bastante whisky. Se le notaba al hablar y también en sus gestos. Pero el alcohol no le desataba la lengua, no lo hacía parlanchín como a otros hombres. Mantenía su reserva, permanecía en guardia.

—¿Qué se le ofrece, comisario? —preguntó—. Que yo sepa, nunca he tenido nada que ver con la ley.

—Bueno. Eso está por demostrar, Logan.

Acentuó su precaución ante Roy.

—No entiendo lo que quiere decir.

Ofreció whisky al comisario. Lo hizo de una forma rutinaria, siguiendo unas leyes de educación que no estaban de acuerdo con su manera de sentir, pero que continuaba respetando.

—Gracias. Estoy de servicio. ¿Sabe ya lo ocurrido a Harry Mayfield?

Logan bebió un largo trago. Luego contuvo un erupción y miró con fijeza a Roy antes de dar su respuesta:

—Lo sé. Harry era un buen amigo mío. Me habló de un posible viaje a Los Angeles, para pasar allí una larga temporada. Harry estaba asustado. Se me ocurrió llamarlo y hablar con él. Nadie respondió al teléfono y entonces llamé a una vecina con la que les

unía una buena amistad. Ella me dijo que habían partido hacía muy poco. Sabía que Harry y Rosy iban a pasar por la casa de la madre de ella antes de partir. Llamé allí y nadie tomó el teléfono. Entonces me puse en contacto con una vecina de la madre de Rosy. Ella me explicó lo sucedido. Ha sido una desagradable sorpresa para mí. El pobre Harry me había comunicado sus temores, sus presentimientos.

Asintió Roy. Luego lo asaeteó con su mirada antes de pronunciar en tono rígido:

—Es mejor que pongamos las cartas sobre la mesa, Logan.

Frank Logan rehuyó la penetrante mirada del comisario. Volvió a beber antes de aducir:

—No entiendo lo que quiere decir. Ya le he dicho que jamás he tenido ningún tropiezo con la ley. No entiendo por qué ha venido a buscarme.

CAPITULO XIII

Roy le apoyó la mano en el hombro, le obligó a mirarle de frente.

—El inspector Willie Moran, del FBI, estuvo en Fresno a raíz del asesinato de Tony Hobbing. Hablé con él. Todo hace sospechar que usted, junto a otros siete hombres más, estuvieron complicados en un asunto de espionaje. Dígame qué hay de eso. Harry Mayfield tuvo un presentimiento. Ese presentimiento se ha hecho realidad. Yo tengo otro presentimiento. Que ese asunto del espionaje guarda una relación estrechísima con todos los asesinatos que han tenido lugar en Fresno últimamente. ¿Qué dice a esto, Logan?

El aludido hizo un gesto ambiguo con su mano izquierda. Movi6 la cabeza en todos los sentidos, accion6 el vaso de whisky que retenía entre sus dedos, pero no respondi6 nada, guard6 un silencio absoluto.

Roy le apremió:

—Vamos, Logan. Responda. Existe aquí una doble implicación. Le he invitado a poner las cartas sobre la mesa. Yo voy a hacerlo. Tengo dos sospechas, que son otras tantas versiones de los acontecimientos. Una es la de que alguien quiere liquidarlos a todos ustedes, a todos los que tomaron parte en el espionaje. ¿Motivos? Usted puede conocerlos mejor que nadie. Cerrarles la boca, impedirles decir algo que puede comprometer a alguien... La segunda versión es diferente, pero también le atañe a usted de un modo muy directo. Han muerto todos los componentes del grupo, excepto usted. Eso lo hace sospechoso de haber cometido esos homicidios. Es mejor que responda a mi pregunta.

Logan volvió a beber un largo trago. Pero esta vez, su mano temblaba. También sus labios. Por eso derram6 parte del líquido, que se escurrió por su ment6n y cay6 a su camisa.

Dejó el vaso sobre la mesita y se limpi6 con la mano.

—Está bien, comisario —replic6 al fin—. Puede sospechar lo que quiera, puede pensar de mí lo que le venga en gana. Jamás he hecho espionaje. No he matado a nadie.

—Claro que pienso lo que me da la gana. Mejor dicho, lo que me dicta un razonamiento lógico. Todos los componentes del grupo han sido asesinados. Sólo queda usted. Si no es víctima, es asesino.

—¡No he asesinado a nadie!

—Heywood, Hobbing, Millman y Mayfield eran sus amigos, antiguos componentes de un grupo que se dedicó a manejos muy turbios. Dígame una cosa. Si se declara inocente de esas muertes, ¿quién puede ansiar matarle a usted también?

Logan hizo un ademán de impotencia. Dio a demostrar que había pensado en eso, que había contado con esa posibilidad, como Mayfield.

—No conozco a nadie que quiera mi muerte. Tengo buenas relaciones y amistades por todas partes.

—Pero...

—No siga, comisario —le atajó—. No pienso hablar. No trate de obligarme. Me acojo a la quinta enmienda constitucional. Obre como mejor le parezca, pero no me pregunte más cosas. No voy a responder nada.

Roy se encogió de hombros.

—Como quiera. Está en su derecho. Pero yo también tengo unos derechos. Voy a detenerle.

Le miró rápidamente Logan, mostró su extrañeza.

—Tiene que haber una razón para hacerlo.

—La tengo. Es usted sospechoso de cuatro asesinatos. Le encerraré en una celda de la comisaría. Una vez allí, tiene usted derecho a efectuar tres llamadas telefónicas. Una de ellas a su abogado. Tengo derecho a retenerle a usted allí hasta que el juez decida lo que se ha de hacer. Dejarle en libertad o someterle a un juicio con jurado. A no ser que usted prefiera declarar ahora.

—Nada tengo que declarar —gruñó Logan—. No sacará nada en limpio, comisario. Esto es un error.

No respondió Roy. Lo más seguro era que Logan tuviese razón, que no sacase nada en limpio. Pero necesitaba hacerlo. Mientras Frank Logan permanecía en una celda del departamento de policía, podía registrar a fondo su apartamento y su despacho de la primera planta. Pediría informes al FBI, averiguaría su pasado. Era posible encontrar algo que le permitiese esclarecer los hechos y llegar al fondo del enigma.

Se inclinaba a creer que Logan no era el misterioso asesino que había llevado el miedo a todos los corazones. Su forma de expresarse al hablar de eso lo demostraba así. Aunque no podía descartar la posibilidad de que Logan poseyese dotes de actor.

Logan se puso su chaqueta y salieron al amplio descansillo.

El comisario comprobó que ninguno de los cuatro ascensores respondían a su llamada de los mandos.

—Qué extraño —comentó—. Funcionaban hace unos minutos,

cuando llegué.

Logan no adujo nada. Estaba ahora abatido, como abrumado por un gran peso.

—Bajaremos andando —adujo Roy—. Vamos, Logan.

Iniciaron el descenso de la escalera. Sin apresurarse. Demasiados escalones para salvarlos a mucha velocidad.

Cuando alcanzaron el descansillo de la planta doce, se detuvieron al sentir la brutal carcajada que resonaba arriba. Era como la risa de un loco, de una persona que sufre de súbito una crisis mental.

Logan dibujó una mueca extraña, demostrativa del temor que se había infiltrado en su espíritu. Aquella carcajada brutal, escalofriante, despertaba en su mente siniestros presagios.

Cesó la risa. De pronto. Tan súbitamente como se había producido. En su lugar restalló una voz ronca, de huecas inflexiones:

—Ha llegado la hora de la venganza, Frank Logan.

Logan tembló. Miró a su acompañante, que se había puesto tenso, expectante.

—No se mueva de aquí —musitó Roy—. Voy a subir. Es el asesino. ¿No sabe quién es?

Denegó Logan. Y era difícil que mintiese estando bajo el estado de ánimo en que se encontraba.

Roy ascendió por la escalera. Lo hizo con sigilo, empuñando su revólver. Estaba seguro que se trataba del misterioso asesino y no quería ser víctima de una sorpresa.

Llegó al último descansillo.

Cuando alcanzaba los últimos peldaños, sintió el ruido de uno de los ascensores, que estaba funcionando.

El descansillo estaba desierto. Ni rastro del tipo que había proferido la carcajada y el grito de venganza contra Frank Logan.

Miró la hilera de números del ascensor que estaba descendiendo. Acababa de iluminarse el cuadrado del número trece. Luego el del doce. Allí se mantuvo la luz. Justo en la planta en la que había quedado Frank Logan a solas con su miedo.

Al final del descansillo se iniciaba la escalera que conducía hasta el cuarto de las maquinarias de los ascensores. Todo el sistema de motores, automáticos eléctricos, fusibles y demás estaba allí. Esa puerta estaba abierta ahora. Ese detalle, unido al hecho de que el ascensor se acabase de detener en la planta número doce, fue suficiente para que Roy McGurn comprendiese lo que estaba ocurriendo.

La muerte atroz estaba allí, había ido en busca de

Frank Logan. El asesino iba a vengarse y no perdonaba. Era listo, sabía tender trampas y salirse con la suya.

Corrió escaleras abajo.

Apenas había pisado los primeros peldaños, cuando restalló el grito de angustia y de profundo horror que escapó de la garganta de Logan al abrirse la entrada del ascensor y encontrarse frente a su enemigo, frente a Jorn Disalle.

Roy aceleró su paso.

Resonaron los golpes. Golpes mates, escalofriantes. Un objeto contundente estrellándose una y otra vez sobre una cabeza.

Llegó al fin.

Frank Logan estaba tirado en mitad del descansillo, desarticulado como un muñeco de trapo. Su cabeza era un verdadero horror. A su lado, una barra de hierro manchada de sangre y de mechones de pelo.

La puerta del ascensor se había cerrado ya detrás del asesino y descendía a punto de alcanzar la planta número diez.

Roy no lo pensó dos veces. No había tiempo de llamar a otro ascensor. El asesino escaparía. Sólo había una esperanza. Correr más él que el aparato.

Se abrió una puerta y asomó un hombre. Al ver lo que quedaba de Logan, dejó escapar una exclamación, palideció y retrocedió unos pasos.

Roy le gritó al tiempo que iniciaba la persecución:

—Llame al departamento de policía. Dese prisa.

Bajó aprisa, saltando los escalones para ganar tiempo.

El ascensor era muy rápido. Apenas lograba sacar una ligera ventaja.

Lo sintió detenerse cuando le faltaban casi tres plantas.

Miró a los dos lados de la amplia calle.

Nada. Había desaparecido en las desiertas avenidas y calles de Fresno. Era inútil buscar una huella, lanzarse a la aventura sin el menor indicio acerca de la dirección tomada por el criminal.

Volvió a subir.

Tuvo que poner orden. La alarma estaba dada en el edificio y mucha gente se arremolinaba en el descansillo. Hombres y mujeres que miraban con horror el sangriento espectáculo de la muerte. Pero hombres y mujeres dominados por una curiosidad morbosa.

Roy los apartó y esperó la llegada del juez, del fiscal, del forense y de sus subordinados. Esa noche les esperaba un trabajo extra. Logan no era la única víctima. No había llamado a nadie aún, pero

al terminar allí tendrían que trasladarse todos a la mansión del doctor Mulligan.

CAPITULO XIV

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando Roy llegó a la comisaría. Entró en su despacho y se dejó caer en el sillón con gesto de cansancio.

La Prensa iba a provocar una explosión, cuando saliese a la calle. Los periodistas se habían presentado en el edificio Gilbert. Luego habían estado en la mansión del doctor Mulligan. Se habían enterado de todo. Sabían la muerte del doctor Mulligan, la desaparición del cadáver de Jorn Disalle y lo que el doctor había anotado en su diario.

Roy había aconsejado prudencia a esos hombres, que no se excediesen en detalles sensacionalistas. Pero era como predicar en desierto. Ellos aprovechaban la menor ocasión para soltar las cosas a su manera, siempre en busca de una mayor tirada para sus periódicos. Esa mayor tirada podía significar un aumento de sueldo o un buen ascenso en su carrera.

La psicosis de miedo iba a acrecentarse al máximo cuando se conociesen todos los detalles. Y lo peor era que, mientras, el asesino podía escapar impunemente.

Ya no cabía duda de que había terminado el ciclo de su venganza con la muerte del último componente del grupo. Una vez terminado todo...

Roy se puso en pie como si hubiese sido impulsado por un resorte.

No estaba todo terminado. Quedaba Li'l Kelber. Había intentado matarla en su *bungalow*. La obsesión de la venganza dominaba al asesino. Eso era algo que saltaba a la vista, que no dejaba la menor sombra de duda. Intentaría completar su obra matando a Li'l.

Quedaba por establecer si ella le había confesado toda la verdad respecto a los componentes del grupo» o si había callado algo que podía comprometerla. Por ejemplo, que estuviese complicada en el asunto del espionaje de una forma bien distinta a lo que había reconocido.

Era una última esperanza. Última y doble esperanza. Capturar al asesino y poder salvar a Li'l. Esto último tenía mucha importancia. Li'l era una chica estupenda y eso siempre es importante para un hombre sensible a los encantos femeninos.

Tomó el teléfono y marcó el número de su propio apartamento.

Esperó pacientemente al producirse el largo silencio de Li'l. Era natural que ella estuviese acostada a esas horas y había que vencer el sueño.

Los timbrazos se sucedían a intervalos, y Roy colgó un par de veces y volvió a marcar, esperando que ella despertase más fácilmente después de esos silencios intercalados.

Fue inútil. Nadie atendió la llamada, y eso inquietó a Roy. ¿Sería posible que el asesino...?

Condujo el patrullero a velocidad casi suicida a través de las desiertas y silenciosas calles de Fresno.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar.

Se abrió la puerta. Li'l no estaba allí, porque de otro modo hubiese tenido echada la cadena y corrido el cerrojo, como le pidió que hiciese.

Dio la luz y suspiró aliviado al ver que el *hall* estaba desierto. Lo mismo que el dormitorio, cuyo interior podía ver desde allí, a través de la abierta puerta del mismo.

Divisó el papel colocado sobre la mesilla de noche. Un papel escrito con letra apretada y puntiaguda.

«Comisario Roy: He recibido una llamada del Rosse Club. El jefe quiere hablar conmigo esta misma noche para arreglar el contrato. Está dispuesto a contratarme por unas semanas más. Buena noticia. He llamado al departamento de policía para decírselo, pero me han dicho que estaba muy ocupado. Volveré cuando termine esto. Saludos.

Li'l Kelber.»

Se crisparon las manos de Roy.

Era una trampa. Li'l había sido llevada a una trampa por el asesino. El dueño del club, el gordo Tracy, ignoraba el paradero de Li'l. Sólo el asesino podía haberse preocupado de averiguarlo, de buscarla para hacerla caer en sus redes mortales.

Sintió angustia. Era terrible la idea de encontrar a Li'l con la garganta seccionada por la hoja de un cuchillo o partida su cabeza por un objeto. Si supiera al menos cuándo había salido Li'l del apartamento...

Bajó a la calle y volvió a rodar por las amplias avenidas del centro de la ciudad, hacia el Rosse Club.

El club estaba cerrado ya al público. La clientela había disminuido mucho a raíz de la reaparición del asesino, sobre todo a partir de la caída del sol. Nadie lo confesaba, pero todos sentían el

temor de encontrarse de manos a boca con el criminal.

Frenó y el coche emitió secos chirridos.

El edificio estaba sumido en la oscuridad. El gran letrero vertical, de luces de colores cambiantes, estaba apagado. El alumbrado público iluminaba la gran fachada de un modo más indirecto, restándole su encanto habitual.

Roy presionó sobre la puerta, que comunicaba con el vestíbulo en el que estaba montado el guardarropía.

Inútil. Estaba cerrada con todos sus sistemas de seguridad.

Lo más seguro era que el asesino hubiese sorprendido a Li'l por el camino, cuando se dirigía allí. Sin embargo...

No era sólo una corazonada. También entraba la lógica en el razonamiento que le hacía suponer que Li'l se encontraba en el interior del club. El coche de la joven se había quedado en los *bungalows* donde ella residía en tanto duraba su actuación en Fresno. Habría llamado a un taxi para ir allí. El asesino no iba a salirle al paso en esas condiciones. La habría dejado llegar, o incluso entrar. Entonces;..

Roy examinó el amplio ventanal que se abría a la derecha de la puerta de entrada. Sus cristales eran de colores, vidrieras formando siluetas femeninas de estilo muy moderno, entre el cubismo y el abstracto.

Saltó ágilmente y afianzó sus manos en el alféizar. Luego se izó sobre la superficie del mismo y procedió a romper uno de los cristales. Lo necesario para introducir la mano y abrir la falleba.

Los cristales cayeron al suelo y se fragmentaron con estrepitoso tintineo.

Roy saltó sobre el entarimado suelo del club, que pareció estremecerse al acusar el impacto. Flexionó las piernas para conservar el equilibrio y empuñó su revólver.

Todo estaba sumido en el silencio. Un silencio denso, ominoso; un silencio que parecía tener vida y oprimir y acechar como una especie de animal horroroso.

Roy sacó su foco eléctrico y envió el potente haz de luz hacia delante, hacia las mesas diseminadas por la sala. Los mandos para la luz debían estar en algún cuartucho. No iba a molestarse en buscarlos. Lo importante era comprobar si Li'l había estado allí al mismo tiempo que el asesino.

* * *

Li'l se bajó del taxi y abonó al conductor el importe de la

carrera. Luego, mientras el coche público se alejaba, se detuvo en la acera y miró la fachada del club, esbozando sus labios una sonrisa de satisfacción.

El gran letrero había sido apagado, pero en el interior brillaba una luz sobre el estrado de los músicos.

Le resultaba grata la noticia recibida de Tracy. Era importante para ella firmar ese contrato y prorrogar su estancia en Fresno durante tres o cuatro semanas más. No le importaba demasiado desde el punto de vista de su carrera artística. No iba a llegar muy lejos por ese camino. Le faltaba algo muy importante para llegar a ser una artista que adquiriese fama, que recibiese el espaldarazo general del público. Y ese algo era una auténtica vocación. No la sentía, ésa era la verdad. Las circunstancias la habían empujado a los clubs y a las salas de diversión.

No. Se alegraba porque permanecer en Fresno más tiempo significaba seguir cerca de Roy McGurn ese tiempo. No estaba muy segura de que eso fuese el verdadero amor. Pero sí era un primer paso hacia él, y un paso muy importante. Le gustaba Roy. Tenía la sensación de conocerle desde toda la vida. Siempre había oído decir que ése es el comienzo. El amor no es una ilusión pasajera, nace de la confianza, de la unión íntima. Se ama a las personas afines, a las que se les conoce desde siempre. Por eso el amor empieza así, por sentir que a la persona amada se la conoce desde toda la vida.

Entró.

Atravesó el oscuro vestíbulo, traspasó la cortina que la separaba de la sala y caminó hacia el corredor donde estaba el despacho de Tracy y los distintos camerinos.

La puerta estaba cerrada y la oscuridad del corredor permitía distinguir los retazos de luz que escapaban a través de los intersticios de la puerta.

Golpeó los nudillos contra la hoja.

La voz de Tracy pronunció secamente, con tanta sequedad como la que había utilizado para hablarle por teléfono y decirle que ese contrato era cosa suya y no del misterioso donante.

—Pase, Li'l.

Pasó.

Tracy estaba sentado al otro lado de la gran mesa de escritorio. Su frente estaba perlada de sudor, su cuerpo acusaba un leve temblor y su rostro adiposo presentaba una palidez cadavérica.

A su lado, en pie, había un hombre. Un tipo de estatura media, cuyo rostro parecía una máscara. Un rostro alargado, de mentón puntiagudo y labios muy gruesos, presentando el inferior una

cicatriz que lo deformaba por completo y le hacía repulsivo. El poblado bigote contribuía a acrecentar ese sentimiento de repulsión, que brotaba de un modo espontáneo.

La verdad se abrió paso en Li'l. Los periódicos habían hablado, y mucho, de la reaparición de Jorn

Disalle. Una edición especial de tarde en la que se publicaba su fotografía. Y allí estaba.

—Lo siento, Li'l —susurró Tracy—. Este hombre me ha obligado a llamarla para hacerla venir. He mantenido la esperanza de que no lo hiciera.

La risita de Jorn Disalle fue estremecedora.

Su mano derecha se cerró en el pisapapeles colocado sobre el tablero de la mesa. De pronto lo elevó, brilló una especie de locura en su mirada, y empezó a golpear el cráneo de Tracy antes de que éste acertase a efectuar la menor reacción.

El primer golpe le conmocionó y el busto del gordo propietario del club se abatió sobre la mesa, en la que apoyó también sus brazos.

El asesino continuó golpeando con saña inaudita. Hasta quebrar el cráneo y hacer brotar la sangre.

Li'l no resistió más. Estaba viendo la muerte de Tracy como un preludio del horror de su propia muerte.

De pronto dio media vuelta, abrió la puerta del despacho y salió al corredor.

El asesino masculló una sorda maldición y corrió tras ella.

La alcanzó muy cerca de la puerta. Su mano derecha se hundió en el hombro de Li'l como un garfio de acero. La retuvo así.

—No hay escape, Li'l —pronunció en un tono gélido.

Li'l forcejeó. Le propinó un codazo en el estómago y logró verse libre de la garra.

La salida hacia la sala estaba cortada por el asesino. Y Li'l corrió hacia su camerino.

Entró cuando ya estaba a punto de darle alcance el asesino.

Cerró y corrió el grueso cerrojo. Luego giró la llave, que siempre estaba puesta por adentro.

El puño del criminal golpeó la hoja, la hizo retemblar. Entonces Li'l colocó el respaldo de una silla apoyada su parte superior debajo de la cerradura y afianzó las patas en el suelo.

Los golpes del asesino cesaron al fin. Luego le oyó pronunciar:

—Esto no va a servirte de nada, Li'l. Es como una moratoria. Voy a cerrar la entrada del club y apagar todas las luces. No quiero que algún policía curioso entre al ver abierto y esa luz dada. En

seguida estoy aquí otra vez. No tienes salvación, Li'l.

Lo sintió alejarse. Entonces apoyó la cara en la pared y estalló en sollozos. Sollozos en los que se mezclaban el temor y la desesperación. Había concebido una esperanza. Y el horror y la muerte llegaban a ella, la envolvían en sus redes siniestras precisamente en ese momento trascendental. El asesino iba a volver dentro de breves minutos. Y eso era el tiempo que le quedaba de vida. Sí. Era como una moratoria. Y Li'l se dijo si no hubiese sido mejor refrenar su impulso y no haber intentado huir de la muerte brutal y espeluznante a manos del asesino. Todo habría terminado y se hubiese ahorrado esa angustia.

CAPITULO XV

Roy se adentró en el corredor.

Vio la puerta del despacho abierta. Entonces enfiló la luz hacia el interior.

Vio el cadáver de Tracy. El horror de su cráneo destrozado y la sangre sobre el tablero de la mesa.

Oprimió sus mandíbulas hasta hacer rechinar sus dientes. Si el asesino había hecho eso con Li'l...

Tendió el oído al captar un ruido muy suave que provenía del fondo del corredor, de la parte donde estaban los camerinos, al otro lado del recodo.

Una esperanza.

Elevó su voz para pronunciar:

—Li'l, soy el comisario Roy. ¿Puede oírme?

Las palabras de la joven llegaron muy amortiguadas hasta él, pero pudo entender todas sus palabras:

—¡Roy! Estoy aquí, en mi camerino. Venga pronto. El asesino está también aquí.

Corrió por el pasillo, dobló el recodo y lo vio desierto.

Golpeó la puerta del camerino.

—Abre, Li'l —la tuteó—. Soy yo, Roy.

Se abrió la puerta y entró, cerrando a sus espaldas.

Li'l se le abrazó en la oscuridad, se oprimió contra su cuerpo, le pasó los brazos sobre la nuca.

—¿Qué ha pasado, Li'l?

Se lo dijo, sin omitir detalle alguno. Temblando su cuerpo bajo el influjo del reciente recuerdo.

—No puedo más —añadió al terminar su narración de los hechos—. Creo que voy a desmayarme.

—No lo hagas ahora, Li'l. Resiste. Tienes que esperar. Lo primero es sacarte de aquí. Y encontrar a ese maldito asesino.

Roy se apartó de la joven. El perfume que emanaba de su cuerpo y el contacto tan estrecho entre los dos le producían un cosquilleo especial. Pero el sentido del deber había que imponerlo a todo lo demás. Quizá ésa hubiese sido una ocasión única, pero...

Abrió la puerta y enfocó alternativamente a los dos lados del corredor.

No había nadie allí, todo estaba desierto. Sin embargo, el

asesino estaba dentro del club y no podía haber llegado muy lejos. Se había alejado al llegar él.

Llevó a Li'l al despacho de Tracy. Dejó la linterna sobre la mesa, de forma que no alumbrase directamente al cadáver.

Tomó el teléfono y disco el número del departamento de policía.

Silencio. El aparato no emitió el sonido característico de haber establecido contacto.

Lo dejó sobre su horquilla.

—Ese tipo es listo —masculló—. Ha cortado el cable. No puedo alejarme de aquí para llamar a mis hombres. Tendría tiempo de escapar. Quiere matarte y volvería a acechar y nosotros a sentirnos llenos de incertidumbre. ¿Hay alguna otra salida trasera?

—Existe una, por donde llegan todos los suministros. Pero tiene una cerradura muy sólida. No creo que pueda abrirla sin contar con una llave. Esa puerta del fondo del corredor conduce a las dependencias y demás.

—Bien. Vamos a salir de aquí. Tengo el coche patrullero afuera. Te voy a llevar hasta él. Vete al departamento y da la voz de alarma. Yo me quedo aquí para capturar o al menos contener a ese tipo.

Salieron a la sala.

Cuando avanzaban por ella, sorteando mesas y sillas, sintieron un ruido a sus espaldas, en el otro extremo del estrado. Justo donde se abría la entrada que conducía a los lavabos y a las dependencias del club; cocina, almacén de bebidas y demás.

El restallido del arma de fuego adquirió un estrépito impresionante al quebrar el denso silencio del local. La bala silbó muy cerca de ellos.

Roy obligó a la joven a agazaparse detrás de una mesa. Luego elevó el busto y escrutó la oscuridad. Había apagado el foco al producirse la agresión y apenas penetraba una leve claridad de la calle a través del ventanal de vidrieras.

El comisario disparó a su vez, a ciegas, guiándose por el fogonazo del revólver del criminal.

Este respondió un par de veces. Luego emitió aquella escalofriante risa suya y se adentró en el pasillo de las dependencias, haciendo sonar sus pasos.

—Voy por él —susurró—. Quédate aquí, Li'l.

—De ninguna manera. No podría resistirlo. Voy contigo.

—Está bien. Pero cuidado, mucho cuidado. Camina despacio, con sigilo.

Siguieron las huellas del asesino por el corredor.

Entraron en la gran cocina del club, donde persistía un agradable olorcillo a guisos. El asesino no había llegado allí. Y la puerta que comunicaba con el corredor de los camerinos estaba cerrada.

—Voy a registrar todos estos cuartos —musitó Roy—. Ha debido meterse en uno de ellos.

Abrió la primera puerta. El almacén de licores y bebidas refrescantes. Grandes cajas se apilaban a uno y otro lado, dejando un pasillo entre ellas. El fondo también estaba cubierto por estanterías repletas de botellas de todas las clases. Entre las pilas quedaban huecos, dejados a propósito para maniobrar mejor cuando había que enredar entre las pilas de cajas.

Roy se introdujo a medias por uno de esos huecos para comprobar si era viable que un hombre se ocultase allí, detrás de las pilas.

El aviso de Li'l llegó tarde. El asesino estaba al acecho en uno de los huecos, esperaba su oportunidad a cambio de jugarse la vida a cara o cruz si era descubierto antes por Roy.

El cañón del arma de fuego se apoyó en su costado, presionó su carne.

—Afuera, comisario —masculló el criminal—. Deje caer, al suelo su revólver.

Obedeció Roy, dominado por un sentimiento de impotencia.

Li'l se situó a su lado. No podía apartar su mirada del rostro del asesino. Y necesitaba al mismo tiempo sentir muy cerca a Roy. Ese acercamiento le ayudaba a dominar en parte su miedo, a no dejarse llevar de los nervios.

La frente de Roy se frunció en múltiples arrugas.

Sí, ese hombre era exacto a Jorn Disalle. El mismo rostro alargado, el mentón puntiagudo, la misma cicatriz en el labio, el bigote... El mismo hombre que había visto tumbado en la mesa del laboratorio del doctor Mulligan, con el cráneo abierto.

—La caracterización es muy buena —habló el comisario—. Pero usted no es Jorn Disalle. Yo vi su cadáver. También leí el diario del doctor. Sin embargo, no creo que lograra realizar su experimento científico.

Otra vez la risita escalofriante del asesino. Un sonido que aguijoneaba el cerebro y erizaba el cabello.

—Es usted listo y muy realista, comisario. Este es el fin de mi venganza y ya no tiene demasiada importancia el efecto. No soy Jorn Disalle. También creo que el doctor Mulligan hubiese fracasado en su experimento.

—¿Quién es usted?

El asesino empezó a arrancarse los postizos que deformaban su rostro. Tiras de plástico blando, maleable. Pintura, bigote postizo...

La visión de su auténtico rostro era más horripilante que la caracterización, aunque resultase aterrador encontrarse ante un hombre al que se había visto muerto. Un rostro que presentaba horribles cicatrices de heridas y de quemaduras. Grandes costurones deformaban sus mejillas, las comisuras de sus labios, su frente...

Li'l se cubrió la cara con las manos, no pudo resistir esa visión aterradora, repugnante.

—¿No me reconoces, Li'l? —preguntó en un tono hueco, extraño—. Mírame bien. No debes aterrorizarte de algo que ha sido obra tuya en parte. Es como si un artista renegase de su obra. ¡Vamos, mírame y responde!

Li'l descubrió su cara y obedeció instintivamente.

Movió su cabeza en un signo negativo.

—No le conozco.

—Mírame bien.

—He dicho que no le conozco. Un rostro así no se olvida jamás.

—Era distinto antes. Me recuerdas de otra forma. Entonces mi cara era normal y tenía cierto atractivo. Una vez me dijiste que no era precisamente un Adonis, pero que poseía un encanto singular. Y ese encanto te atraía.

La mirada de Li'l se hizo estática. Clavó sus pupilas en las de la máscara y la verdad se abrió paso en su mente.

—Eres Silas Adwel —musitó.

—Exacto, Li'l. Soy Silas Adwel.

—Pero...

—Sí. Soy como un muerto que ha salido de su tumba para volver a la vida. Por eso, para llevar a cabo mi venganza, adopté la personalidad de un muerto y, al ser descubierto el truco, la de otro muerto. Por eso y porque así despistaba a mis enemigos y creaba una sensación colectiva de miedo en la ciudad. Esa sensación me ha dejado muy libre el campo.

—Se suponía que usted murió al estallar el artefacto colocado en la avioneta que le llevaba de San Diego a San Francisco —comentó Roy—, El inspector federal Willie Moran me habló de eso. El FBI vigilaba a los componentes del grupo de espías a los que usted estuvo a punto de delatar a las autoridades. Me habló 'de que fue encontrada su mano izquierda entre los restos del destrozado aparato.

El asesino elevó su mano izquierda, cubierta por un guante. Luego procedió a dejarla al descubierto. Una mano ortopédica con la que Silas podía realizar un número determinado de movimientos.

—¿Cómo realizaron esa misión de espionaje, Silas? —inquirió el comisario.

—Bueno. La cosa sucedió de pronto, impensadamente. Eramos ocho buenos amigos de Universidad, que buscábamos colocación estable. En el fondo, ocho ambiciosos. Un día nos visitó un tipo, que tenía cierta relación comercial con Heywood Dodge. Nos propuso hacernos con unos documentos y unas fotografías, que nosotros mismos podíamos hacer, por todo lo cual pagaría un buen corretaje. Nunca supimos para quién trabajaba ese tipo. Era una especie de intermediario. Todo lo que quería de nosotros se relacionaba con el sistema de defensa de los Estados Unidos en la costa californiana. No reparamos en nada, más que en el dinero que podíamos ganar. Y pusimos manos a la obra. La cosa resultó bastante complicada y hubo que vencer dificultades. Eramos novatos y quizá ésa fue la mayor dificultad para nosotros.

Hizo una pausa, que rompió para continuar diciendo:

—Cuando lo reunimos todo, Heywood se puso en contacto con ese tipo mediante la señal convenida. Quedó en acudir a San Diego tres días más tarde. Llevaría el dinero. Para entonces, yo había empezado a pensar seriamente en el asunto. No me gustaba. Era una traición. Li'l notó mi cambio. Me preguntó. No pude negarle la verdad. Pero no quise hablarle entonces de mis compañeros. Ingenuamente, pensé que ellos volverían también en sí y accederían a destruir todo eso. Algunos habían estado conmigo en Corea y apelé a sus conciencias de antiguos combatientes. Fue inútil. La ambición les había cegado. Ese dinero podía permitirles emprender un camino mejor aún que el que habían soñado. Sólo eso contaba para ellos. Para no despertar sospechas, les hice ver que estaba de acuerdo y me plegaba a su voluntad. Pero me hice el propósito de derribar todo lo que habían construido. Hablé con la sección del FBI en San Francisco. Les prometí entregarles los nombres del grupo y los datos necesarios para sorprenderles con las manos en la masa cuando estuvieran cerrando el negocio con el intermediario. Comunicqué mi plan a Li'l. Estuve en el bar del aeródromo mientras preparaban la avioneta. Sólo ella sabía que iba a hacer eso. Y alguien colocó una bomba de relojería en el aparato. La bomba hizo explosión cuando volábamos sobre el mar, muy cerca de la costa.

Guardó silencio. El recuerdo que estaba rememorando puso en

sus ojos un brillo de locura.

Siguió hablando:

—La explosión y la caída fueron alucinantes. Nunca he comprendido cómo pude escapar con vida. Perdí una mano, sufrí su amputación traumática. Y mi cuerpo y mi cara quedaron llenos de heridas y de quemaduras horribles. Me recogió un pescador. Era un tipo solitario, un insociable que se emborrachaba a diario y no tenía el menor contacto con sus semejantes. Vivía en una cabaña, en un lugar de la costa. Sólo se alejaba de allí para comprar provisiones o vender su pescado en los restaurantes de la autopista. Fue en busca de un doctor y éste me curó y le enseñó a hacerlo al pescador. Dijo que volvería un par de días más tarde. No volvió jamás. El pescador había ido a buscarle con su viejo coche y le llevó también. Tuvieron un accidente y murieron en el camino. Salvé la vida milagrosamente. Me curé yo mismo, mientras maduraba mi venganza, una venganza implacable. Fueron Unos días terribles. Apenas podía moverme ni curarme. Pero eso pasó y sólo quedó la idea de la venganza.

Su respiración se hizo fatigosa al llegar a este punto de la narración. Los recuerdos oprimían su pecho, la idea de la venganza madurada durante más de un año volvía a ser obsesionante en su mente, enferma, traumatizada después del atentado que había estado a punto de costarle la vida. Su cerebro no había sido dañado por la explosión ni por la caída de un modo directo. Pero algo se había roto en su interior mientras sufría el horror del accidente provocado y permanecía en aquella cabaña del pescador a solas con sus pensamientos.

—Dos del grupo murieron en accidente. Los otros cinco estaban en Fresno, disfrutando su dinero. Vine aquí. Saqué el cuerpo de Elmer Dunn de su ataúd y lo llevé a esa vieja casa medio en ruinas. Estudié bien sus facciones para imitarlas y abandoné allí su cadáver. No fue difícil acabar con Heywood Dodge. Estaba completamente desprevenido. Tampoco ofreció muchas dificultades la muerte de Tony Hobbing. Fue peor lo de Louis Millman. Usted estuvo a punto de alcanzarme. Además, descubrió el cadáver de Dunn y eso podía dar al traste con muchas cosas. Entonces recordé lo de Jorn Disalle, ejecutado en la cámara de gas. Había oído hablar del doctor Mulligan. Le robé su preciosa muestra y la oculté en el mismo cementerio. Su cuerpo está sepultado en la misma fosa que ocupaba Elmer Dunn. Me di cuenta de que usted hablaba con Harry Mayfield y tendí la trampa en la casa de su suegra. Repetí el truco con Frank Logan. Usted es un buen sabueso

y he procurado darme prisa para abandonar Fresno antes de que pudiera descubrirme. Por eso apresuré esto para Li'l.

—Se ha excedido en su venganza, Silas. Tres personas inocentes han muerto asesinadas por usted. La madre de Elmer Dunn, el dueño del Rosse Club y el doctor Mulligan. Ellos no habían tenido nada que ver con el espionaje ni con el atentado perpetrado por sus compañeros.

—Tiene razón. Pero el fin justificaba los medios. Los tres se cruzaron en mi camino y no iba a detenerme por eso. La madre de Elmer se buscó la perdición ella misma. Usted vio cómo me tomaba la mano izquierda cuando me asedió delante del *bungalow*. Se dio cuenta de que era una prótesis. Entonces me interesaba que nadie se diese cuenta de que no era el verdadero Elmer Dunn. Por eso la maté. El doctor Mulligan tenía que morir para que no confesase también la suplantación. Antes le obligué a escribir la última página del diario. Eso produciría honda impresión en Fresno. Y en usted mismo. No va a negármelo.

—No lo niego. Aunque con dudas, llegué a sospechar que el doctor podía haber dado vida a Jorn Disalle y ser víctima de su propio experimento.

—Bien. Al dueño del club tenía que matarle para lograr su silencio. Debí marcharse antes del club. Yo estaba oculto aquí, esperando a quedarme solo para atraer a Li'l a la trampa. Pero ese tipo prolongó su estancia más de lo conveniente. Le sorprendí en el despacho. No pude retroceder. Nos vimos al mismo tiempo y podía provocar la alarma. Me sirvió para citar a Li'l con más seguridad.

—Queda Li'l —pronunció Roy—. ¿Culpable o inocente? Recuerde que usted mismo ha dicho que no le confesó los nombres de sus compañeros. Si ella ignoraba quiénes eran sus colaboradores en la misión de espionaje, no veo cómo pudo delatarle a ellos.

—Lo hizo. Los hechos lo demuestran. Es posible que ellos la buscasen para sobornarla.

—No. Es culpable.

—Soy inocente —manifestó Li'l con voz que temblaba aún a causa de la impresión, de las sensaciones recibidas a lo largo de esa noche—. Desconocí a tus compañeros hasta que Roy me habló de ellos y me los nombró. Ellos debieron sospechar después de tu proposición de deshacer todo el trabajo. Te vigilaron sin duda y descubrieron tu propósito de denunciarlos al FBI. No les costaría trabajo incluso escuchar tus palabras con el inspector federal a través del teléfono.

Estaba diciendo la verdad. Era fácil darse cuenta de eso. Pero

Silas no la creía, no podía creerla. Durante mucho tiempo había estado imaginando la traición de Li'l y madurando su venganza. De ningún modo estaba dispuesto a renunciar a ella.

—No te creo, Li'l —gruñó—. En absoluto. Estoy seguro de que mientes pensando así salvar tu vida. Pero eso no te sirve de nada. Vas a morir.

—No tiene ninguna prueba convincente para sostener esa acusación que formula contra Li'l —terció Roy.

—No necesito pruebas. Me basta la intuición.

—Un cerebro perturbado como el suyo carece de intuición y de sensibilidad, Silas. Usted sólo tiene instintos, como los animales irracionales.

Brillaron las pupilas de Silas. Un brillo espeluznante.

—Me está llamando loco, ¿verdad, comisario?

—Exactamente. Está usted loco. Pudo denunciar a sus compañeros más tarde. El FBI hubiese actuado. Pero, no. Prefirió tomarse la justicia por su mano. No le culpo del todo. Me hago cargo de que cualquier persona en su situación puede perder el equilibrio mental y obrar como usted lo ha hecho. Pero es horrible. Matar a sangre fría, eliminar seres inocentes por el solo hecho de que la casualidad los cruzó en su camino, atemorizar a toda una ciudad de este modo... Incalificable. Sólo un loco puede obrar como lo ha hecho usted. No tiene disculpa, Silas Adwel.

Mientras hablaba, Roy acechó con toda su atención, en tensión todos los músculos de su cuerpo.

Silas estalló en una violenta carcajada después de escuchar las palabras del comisario. Echó hacia atrás la cabeza para reírse y movió el cuerpo de un modo raro, convulsivo.

Roy se lanzó a la carga. Cerró su mano en la muñeca derecha del asesino y forcejeó con él. Normalmente, Silas Adwel no era un hombre fuerte. Pero la locura le prestaba una fortaleza poco común, un vigor inaudito.

Cayeron al suelo los dos hombres, sin soltarse.

Roy llevó la peor parte. Cayó debajo y dejó las mayores ventajas en mano de su enemigo.

La prótesis izquierda de Silas se apoyó en su garganta y oprimió salvajemente.

La dureza de los materiales hicieron daño a Roy, cuya tráquea empezó a acusar las dificultades respiratorias.

El comisario apoyó su mano en el rostro de Silas y trató de empujarlo hacia atrás para librarse de él. Sentía ya los primeros síntomas de la asfixia y su rostro adquirió un tono ligeramente

violáceo.

Le repugnó el contacto con aquellos costurones horribles de la cara. Pero no era ocasión para andarse con remilgos. Las vidas de Li'l y la suya propia estaban en juego.

Li'l salió de su alejamiento. La lucha entre los dos hombres estaba mostrando un final muy inseguro. Roy era fuerte y acaso pudiera vencer al fin la resistencia de Silas. Pero no quería esperar a ver el resultado sin participar. Ella era una baza muy importante de aquel extraño juego con la muerte.

Se situó detrás de Silas y le empujó hacia un lado.

El asesino bramó como una fiera. Disparó su brazo izquierdo y golpeó a Li'l con la prótesis, la lanzó contra las pilas de cajas. El cuerpo de la joven derribó dos de las pilas, que se estrellaron con estrépito contra el suelo. Ella cayó también, conmocionada.

Pero su acción sirvió a los fines que se había impuesto. Permitió a Roy librarse de aquella mano y derribar a su enemigo hacia un costado. Luego se situó encima y se cambiaron las tornas.

Sujetó la mano postiza y torció el otro brazo del asesino de una forma inexorable. Cuando la negra boca del cañón del revólver apuntó a la frente del asesino, le conminó a rendirse, a soltar el arma.

La locura de Silas Adwel creció hasta el paroxismo. Babeó, sus deformadas facciones adquirieron una ex presión espeluznante y se sacudió en violentos espasmos para librarse del comisario.

Su dedo apretó el gatillo entonces. El fogonazo chamuscó su frente, en torno al siniestro agujero rojizo por donde entró la bala en su cerebro.

Quedó muerto en el acto. Ni una palabra, ni un gemido.

Roy se apresuró a incorporarse y ayudó a la joven. Luego la obligó a apartar la mirada del horrible cuadro que ofrecía el pobre demente. La llevó afuera.

Aspiraron a pleno pulmón el fresco relente de la noche. Los dos se esforzaron por olvidar de la mejor manera posible el horror que habían dejado atrás.

Se abrazaron.

—¿Qué vas a hacer ahora, Roy? —susurró ella.

—La pesadilla ha terminado, Li'l. Tengo que movilizar al juez, al fiscal y a los especialistas del departamento. Estos días han tenido un trabajo extra. Después tengo que ponerme en contacto con la Prensa. El periódico de la noche ha publicado la reaparición de Jorn Disalle. Una noticia escueta, pero terrible. Es necesario que digan toda la verdad en la edición de la mañana. Los ciudadanos de

Fresno van a sentirse más tranquilos. Tardará un tiempo en pasar esta sensación que los domina ahora, pero todo es cuestión de dejar pasar ese tiempo. Después... Bueno. Después me ocuparé de ti. Si es que te interesa que lo haga.

—Claro que me interesa, Roy. Creo que eso es muy importante para mí.

—Es muy importante para los dos, Li'l. Esto me sugiere una cosa.

—¿Qué?

—Invertir el orden que he establecido. Me ocuparé de ti en primer lugar. Eres endiabladamente bonita.

La besó en los labios. Y Li'l le devolvió la caricia, se entregó a ella con tanta fuerza como Roy.

Quizá lo que les unía en ese instante no era el amor, pero sí una gran esperanza. Pasada la tempestad, renacía la calma; terminada la pesadilla, llegaba la realidad. Y esa realidad tenía un gran aliciente para Li'l Kelber y para Roy McGurn.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España